Nuestras propias historias

Relatos fantásticos

I

MINISTERIO
DE **EDUCACIÓN**





Nuestras propias historias

Relatos fantásticos

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-343-2

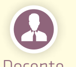
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

ANÓNIMO

Cinta de un explorador

El día empezó, me dirigía hacia mi nuevo trabajo como guardia del paseo turístico de las catacumbas. Estaba retrasado, ya que la hora pactada con el gerente era las 6:00 A.M. y ya eran las 6:35 A.M. No quería perder más tiempo, así que tomé un taxi y me fui rápidamente hacia las oficinas del centro turístico. Al llegar, marqué mi ficha de llegada, pero para mi mala suerte el gerente estaba detrás de mí y me dijo:

—Señor Bisset, buenos días. Veo que ha llegado tarde en su primer día.

—Buenos días, señor Faure —le respondí—. Lamento mucho mi demora, es que tuve un contratiempo que no me permitió llegar al límite pactado con usted. Pero esta es la primera y última vez que llego tarde, por favor le pido mil perdones.

—Listo, no se preocupe, señor Bisset —respondió—, pero recuerde que esto afectará a su sueldo a fin de mes.

Al escuchar eso me indigné un poco, pero ¿qué se suponía que hiciera? ¿Enojarme? ¿Llorar? ¿Reírme? No podía hacer nada.

Decidí dar el mejor trabajo posible en mi puesto. Parecía que ese iba a ser uno de los días más aburridos de mi existencia, hasta que un evento resaltó. Me encontraba caminando por los enormes pasillos de las catacumbas, observando que las personas no ingresaran a las áreas prohibidas. Faltaban treinta minutos para culminar mi turno y estaba haciendo una caminata de vigilancia, cuando, de repente, uno de los cráneos de las paredes de las catacumbas se cayó de su sitio. Con un poco de asco, lo levanté, y al hacerlo una cinta muy antigua cayó al suelo. Esta cinta estaba vieja, sucia y con mucho polvo; la limpié y empecé a escucharla con una grabadora que, por suerte, tenía en mi bolsillo. Era una grabación un poco larga (al parecer era un diario o una bitácora), que estipulaba lo siguiente:

"París, 6 de junio de 1960

Este va ser un día histórico en la vida de Francia, hoy me he propuesto descubrir todos y cada uno de los pasillos de las catacumbas, con el objetivo de crear un mapa para que los demás puedan explorar sus pasajes con fines científicos.

El lugar es muy aterrador, pero impresionante. Por lo que sé, estoy en uno de los túneles principales, la salida está cerca, como a unos doce metros de mí, espero no perderme en ese enorme sitio.



París, 8 de junio de 1960

He estado escribiendo y trazando los caminos en mi diario. Siento que me he perdido, por suerte traje un equipo de *camping* conmigo, para pasar la noche en el sitio. La comida que tengo durará al menos tres días más, y si economizo, puede que un poco más. En todo el tiempo que he estado explorando las catacumbas, he sentido un extraño fenómeno, pero pienso que es una tontería.

París, 9 de junio de 1960

Ese fenómeno se vuelve más fuerte, la sensación es como si alguien estuviese detrás de mí, pero al voltearme hacia atrás e iluminar con mi linterna no hay absolutamente nadie; incluso he llegado a escuchar pasos. Al menos vale la pena, ya que los trazos del mapa están quedando muy bien.

París, 10 de junio de 1960

Mientras caminaba por uno de los pasajes, mi linterna captó dos luces que resplandecían juntas (tenían el parecido a unos ojos), me asusté un poco con eso, pero no me voy a detener. Tengo que terminar mi trabajo.

París, 11 de junio de 1960

La comida y el agua se han agotado, esta es una situación difícil para mí, se está complicando la situación para mí, definitivamente estoy perdido y el fenómeno es cada vez peor, siento que algo me sigue, no… puedo… hablar mucho… vien… e… por… mí.…

París, 12 de junio de 1960

No tengo muchas posibilidades de salir de aquí, cada vez es más rápido, he tratado de ocultarme pero es imposible que esa cosa no me encuentre, todos los intentos que he realizado para distraerlo son tontos y, para colmo, estoy perdido en este enorme cementerio. He estado viendo cosas extrañas a causa del hambre.

París, 13 de junio de 1960

… (ruido blanco)…

París, 14 de junio de 1960

(Jadeo) (respiración pesada) ESTOY PERDIDO, YA NO PUEDO HACER MÁS, ESTOY HUYENDO DE AQUELLA COSA, ESTÁ MUY CERCA DE MÍ… ¡NO! ¡NO! ¡ALÉJATE!… (ruido blanco)…”.

Fue algo que no tenía explicación para mí, era un extraño archivo que, sin duda, me dio mucho en qué pensar esa noche. Cuando mi turno acabó, al caminar directo a mi casa, escuché algo que me seguía.




KARLA ANDREA BARRIGA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Indoamérica.

Un bello planeta herido

Había una vez un niño llamado Glacial, que decidió fugarse de su hogar y se fue sin rumbo y sin frontera. Caminaba por mucho tiempo para luego descansar, y después continuaba su caminata, hasta que un día conoció a un camionero con quien entabló una amistad. Ahorrándole algunos kilómetros de andar, el camionero le dijo:



—Hola, mijo. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Glacial —respondió.

—¿Y adónde vas tan solo?

—Voy hasta un lugar del mundo donde sea más seguro vivir. En paz y con gran felicidad.

—¡Oh! —se impresionó el amigo.

—Usted, ¿cómo se llama? —preguntó Glacial.

—Yo me llamo Mitad del Mundo y soy un camionero que viaja por todo el mundo.

—¡Oh! —replicó Glacial—. Mi sueño se hizo realidad, siempre quise conocer la Mitad del Mundo.

—¿Y cómo así me querías conocer? —replicó el camionero.

—Porque siento que me estoy destruyendo, solo tengo ganas

de llorar y llorar, y me estoy quedando sin lágrimas. En mi casa todos lloramos y sentimos que pronto será nuestro fin. Ahora que yo he salido será peor para mi familia y todos los habitantes de mi país: el Polo Norte.

El camionero, intrigado, preguntó:

—Cuéntame, Glacial, ¿cómo era tu país?

—Mire, amigo, nosotros nos divertíamos mucho, esquiábamos en la nieve y así nos movíamos de un lado a otro. No necesitábamos vehículos, ni motores, jugábamos con nuestros mejores amigos, los osos polares, nos alimentábamos con peces que había en gran cantidad, y en nuestras casas encendíamos una hoguera antes de dormir. —Hizo una pausa y continuó—: En cambio, ahora gran parte del Polo Norte no tiene nieve, han muerto todos los osos polares, ya no tenemos peces y nadie enciende su hoguera antes de dormir. He salido para conocer un lugar muy diferente y bello: el país Ecuatorial. Mitad del Mundo, ¿me podría contar cómo es?

—Con mucho gusto —replicó el camionero—, mi país no es como tú piensas, también ha cambiado mucho. Antiguamente brillaba el sol, provocando un calor suave y benigno. Otrora caía suavemente la lluvia, mojando y alimentando las flores, los campos y los valles. Pero ahora el sol quema tan fuerte que enferma y mata. La lluvia cae sin dejar piedra sobre piedra, destruyendo todo: casas, campos, personas y animales.

Impresionado, Glacial dio un paso atrás.

—¡Oh! No me diga esto, mi amigo. Si es así yo prefiero migrar a otro planeta, estoy seguro de que allí estaré mejor.

Y así, Glacial desapareció, dejando anonadado al camionero Mitad del Mundo, quien pensó: “Nuestro bello planeta está herido”.




MYRIAN JEANETH SAMANIEGO
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Riobamba. Su actividad favorita es leer.

Mi bella Luna

Recostado en mi departamento satélite, mis ojos se deleitan con el brillo rosado del reflejo de la Luna. Estoy sobre su suelo, cuán distante se ve la Terra Nova, lugar natal de mis antepasados antes de que cambiara su forma al chocar con los asteroides.

Disfruto mucho de las películas que transmiten los satélites por Aire Visión acerca de la colonización que realizaron mis antepasados a los planetas cercanos, antes de que la —en ese entonces— redonda Tierra chocara. Era lo único que le faltaba, pues se estaba extinguiendo por el calentamiento global, los

deshielos, las erupciones volcánicas y las guerras nucleares, tantas cosas con las que el hombre de ese entonces se destruía.

Hoy vivo feliz en Rio galaxia, tengo mi súper jet modelo 2095, nuevecito, que me costó un ojo de la cara, y tuve que construir un garaje galáctico para guardarlo después de mis viajes interplanetarios de negocios.

Cuando llego a la nave-hogar, me recibe mi fiel robot-perro, moviendo su antena, me quiere mucho, y cómo no si lo aceito todas las auroras boreales al levantarme. Mi sirvienta robótica me trae las pastillas rejuvenecedoras y, junto a mi súper familia, descanso la larga noche de verano.

Recuerdo cuando vine por primera vez a la Luna, estaba indeciso, se la veía muy fría. Mis amigos decían que sería mejor viajar a Venus, porque tenía un clima agradable, Mercurio era muy caluroso y para llegar a Saturno había que bordear sus anillos. Preferí la Luna, al fin, mi antiguo hogar era una ciudad enclavada en los Andes de la Tierra, frío, inhóspito, invivible, pero para no extrañarle, aquí nos quedamos, en mi querida Luna.

Busqué un aéreo-hotel hasta ubicarme bien, conseguir trabajo fue difícil siendo un simple y retrasado astronauta, pero finalmente encontré la manera de sobrevivir en pleno 2080. Es difícil competir con los obreros-robots, que cada vez son más independientes y más inteligentes, así que cuando vi que necesitaban un aéro-pintor, creativo, a la antigüita, supe que ese era mi puesto.

Un sábat decidí ir a la súper perrera robótica, a conseguirme una compañía. Me bañé con rayos hidroélectricos solares y salí a pasear. Primero pasé por Dinámic estétic a que me sacaran brillo a la calva, debe haber sido tremendo para mis abuelos tener la cabeza llena de hebras de cabello inútil, que no permitía que el cerebro se airee.



Poco después me compré un ternito termodinámico para salir a monitorear a las chicas galácticas. Cada vez estaban más difíciles de conseguir, había cincuenta galanes espaciales por cada escurridiza dama del espacio. Algunos, al no conseguir pareja, se unen a una robotina, dicen que son más serviciales que las de carne y silicón.

Pasó el tiempo y, por fin, Joel Galáctico, conoció a Rubí Estelar, realizaron el contrato de supervivencia y a formar el hogar se ha dicho.

—Joel, ahora que te han ascendido, podemos pedir permiso para tener un niño, ya hace falta que crezca la familia, solamente con el perro-robot no vamos a supervivir toda nuestra galáctica vida.

Así trajimos a Saturnito, que hoy es la alegría de la casa. Ahora trabajo en la Agencia Espacial de Publicidad, tengo un muy buen

sueldo y me puedo dar todos los súper lujos que desee, así que me compraré la *suite* satélite lunar, una de las mejorcitas, para la gente aerodinámica del momento. Ahora sí, a vivir como un rey del espacio. Rubí desea pasarse a volar en la Colonia espacial, donde viven solo los potentados, que tienen ejércitos de robots a su servicio.

Cada uno tenemos un departamento en el conjunto espacial "Torres del espacio sideral", hasta el pequeño tiene su departamento de juguetería propio, donde encuentras desde un robot hasta una nave interplanetaria. El otro día, con sus amigos y sus *robot-friends*, fueron a jugar en Saturno y no han regresado, deben estar entusiasmados resbalándose en los anillos.

Luego de quince años de trabajo en la agencia, me jubilaron y pude comprarme mi último modelo. Rubí sigue con su turbo Volkswagen del 2090, es unipersonal y puede aterrizar en cualquier torre de sus amistades, donde va de visita.

Gracias a las sofisticadas máquinas que fabrican los robot-sabios, se están realizando *tours* de viajes intergalácticos para pasar las vacaciones, pero mi familia y yo preferimos quedarnos alunizando, mirando la Tierra de nuestros ancestros.

Qué bella habría sido si ellos mismos no la hubieran destruido, cuánta nostalgia siento por los relatos de mis abuelos, la peor herencia que nos dejaron los terrícolas es un mundo destruido.

JORGE ALEXANDER EUVIN
nació en Guayaquil, Guayas, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa América del Sur. Su actividad favorita es revisar redes sociales.

Cibermundo oscuro

En un futuro no muy lejano, el mundo se hundirá en la oscuridad debido a que las grandes potencias mundiales han decidido apoderarse de la humanidad usando la tecnología a su favor.

La gente está controlada por medio de las redes sociales, internet y los aparatos electrónicos. Yo soy el único que ha podido esquivar todos los controles que impone el Gobierno.

Había estudiado programación de sistemas desde muy pequeño, mi talento me llevaría muy lejos, mi futuro era prometedor, hasta que ocurrió todo esto.

Me he infiltrado varias veces en las bases de datos de las potencias mundiales y he visto, paso a paso, cuál es su plan desde el principio. En primer lugar inventarían redes que permitirían conectarse con varios computadores; luego inventarían aparatos tecnológicos creados supuestamente por empresas, que a medida que avanzara el tiempo irían evolucionando. Luego de esto, su plan fue progresando y fueron creando aplicaciones que, supuestamente, mejorarían la comunicación, pero, obviamente, este no era su propósito, sino aislar a las personas de la sociedad. Su plan funcionó bien, pero tan bien, que los aparatos electrónicos consiguieron estar en cada casa, cada trabajo, hasta en cada escuela y colegio. Finalmente, su plan de conquistar la humanidad se hizo realidad.

He intentado entrar a su sistema pero ha sido en vano, ya que su seguridad es muy avanzada y yo no tengo los medios para romperla. Si llegara a lograrlo, podría desactivar la fuerza que controla a las personas. Mi meta es desatar al mundo del problema en el que la misma gente se metió.

Como ya había dicho, solo he podido entrar a sus bases de datos, pero algunas veces me han detectado y sé que me están rastreando.

No sé si queden personas que todavía no han sido manipuladas; si las hay, ojalá tengan mi misma mentalidad.

3 años después

Todo este tiempo que ha pasado he tratado de ingresar nuevamente al sistema. Lo he intentado cientos de veces y he fracasado. Pero finalmente he descubierto la manera de infiltrarme sin que me detecten.



5 meses después

He encontrado la manera correcta de hackear su sistema. Solo debo entrar a su compañía e insertar un virus creado por mí para destruir toda esta pesadilla tecnológica. Mi plan es entregarme y, una vez adentro, escaparme de alguna manera, insertar el virus y acabar con este apocalipsis cibernético.

Aún me acuerdo de mis principios, cuando estudiaba en la América del Sur.

Ya es hora…

Luego de varias horas, llegué a las instalaciones y me capturaron.

Pude escapar, busqué una oportunidad para activar mi virus y llevar a cabo mi plan y al fin liberar al mundo de las manos de la tecnología.

Después de un tiempo de búsqueda encontré la computadora madre, fue como ver el futuro de la humanidad pasar por mis ojos.

No desaproveché la oportunidad, rápidamente metí mi *pendrive* y comencé a borrar todos los datos de esa maquiavélica computadora.

Evité toda la seguridad de esa base y de la computadora y por fin pude liberar a la humanidad de su atadura cibernética.

De pronto, la seguridad de la base me detectó, hui lo más rápido que pude, pero me atraparon y me interrogaron. No podían creer lo que había hecho.

Pienso que lo que a mí realmente me salvó fue que yo no me enfocaba al ciento por ciento en andar en las redes sociales, más bien dedicaba mi tiempo a conversar con mis amigos y con mis padres. No como las demás personas, cuya vida consistía solo en las redes sociales.

Luego de varias horas encarcelado vi cómo un grupo de gente invadió ese lugar y sometió a los guardias, yo estaba desconcertado.

Después de un tiempo decidí preguntarle a esa gente por qué había hecho eso y me explicó lo que había pasado. Había acabado con todo esa pesadilla.

RIIINNNGGGG

RIIINNNGGGG

Bueno, niños, se acabó el tiempo, espero que esta historia les haya dado una lección: dediquen más tiempo a socializar, conversar y hablar con sus padres. Deben aprovechar su juventud y no solo pasar la vida detrás de un *smartphone*.

Listo, chicos, eso es todo, pueden salir a recreo.

GÉNESIS ANGÉLICA ROJAS
nació en Archidona, Napo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional María Inmaculada. Sus actividades favoritas son leer novelas, escuchar música y escribir.

Un simple sueño

Lo último que recuerdo es que estaba sola en casa. No había más luz que la de los relámpagos. Estaba invadida por el miedo y mis cobijas fueron mi salvación, me envolví en ellas a tal punto que no podía moverme. De pronto escuché el canto de unos pajaritos, fue algo muy extraño, así que salí de la cama, observé por la ventana y perplejamente presencié que el día había llegado y que ya no estaba en mi casa, sino en el campo, en un lugar donde nunca había estado. Cuando reaccioné vi que mi habitación había desaparecido y yo estaba de pie junto a un árbol inmenso. Era

hermoso, pues tenía muchas ramas. Subí hasta su copa y pude contemplar un paisaje espectacular, tan verde, tan tranquilo; también había animales a lo lejos, lo más increíble fue ver una gran familia de patitos en una laguna pequeña.

Todo estaba bien hasta que, al darme la vuelta, por poco caigo del árbol. Era sorprendente el cambio, veía una gran ciudad, demasiado oscura para ser normal y llena de edificios inmensos. De repente, sin entender cómo otra vez, ya no me encontraba en la copa de aquel árbol, sino sentada en el barandal del edificio más alto. Desde este punto mi vista no era tan buena, casi instintivamente bajé para evitar caer y morir.

No encontraba una salida, la busqué por horas y horas, pero nada… Regresé al barandal y vi una escalera, era algo inestable pero mi única opción. Empecé a bajar, lo primero que observé fue el apartamento de una familia. Una niña estaba llorando sentada en el piso, en una esquina de la sala, mientras escuchaba los gritos de sus padres en la habitación de al lado. Me puse triste y no quise seguir mirando.

Bajé aún más, en el siguiente piso se encontraba un joven. A juzgar por su apariencia, no superaba los veinticinco años. Estaba sentado en la sala, cabizbajo, cuando se levantó pude ver que había estado drogándose. Regresó su vista a la ventana, justo hacia donde estaba yo, se acercó pero ni se inmutó con mi presencia. Me asusté, así que seguí bajando.

En el siguiente piso, una pareja de jóvenes estaba demasiado "romántica", por así decirlo. De repente, al chico lo llamaron al celular, salió a contestar, justo por la ventana, pero él tampoco se percató de mi presencia. Pude escuchar su conversación y deduje que quien lo llamaba era su novia; le preguntó dónde estaba y él respondió que en la oficina, pero, para ser sinceros, esa habitación no parecía una oficina.



Mi reacción fue de repulsión, a tal punto que empecé a bajar sin parar. El enojo habitaba mi ser, sentí que había bajado veinte pisos, hasta que algo llamó mi atención y me detuve. Era una habitación repleta de muebles lujosos, la estaba observando cuando entró un hombre de unos cincuenta años, su situación económica debía de ser muy buena para tener tantas cosas hermosas. El hombre se sentó en el sillón y empezó a llorar. Observé más atentamente y logré detectar un portarretratos en la mesa de la sala, donde se veía al mismo hombre pero unos quince o veinte años más joven; a su lado estaba una mujer muy hermosa, supuse que era su esposa; y con ellos, tres niños. El hombre tomó el cuadro y lo rompió. En un inicio no entendí por qué, pero mis dudas se despejaron cuando una mujer ingresó a la sala, era la misma del portarretratos. Empezaron a charlar, ambos lloraban, y ella le explicó algo acerca de un accidente. Entonces lo entendí: sus hijos habían muerto,

al regresar de un viaje de verano el avión cayó al océano y hasta ahora no se encontraban señales de vida. El hombre se sentía impotente, ni con todo el dinero del mundo podría devolverles la vida a sus hijos.

Un par de lágrimas habían caído de mis ojos. Decidí seguir bajando, llegué al segundo piso del edificio, pensé seguir hasta el final pero una habitación conocida me detuvo. Ingresé por la ventana que estaba abierta, revisé cada rincón, sin duda alguna conocía el lugar. Era muy parecido al hogar con que siempre había soñado, del que tengo una lista de objetos para mi habitación, todo coincidía, el lugar donde pensaba ubicarlos, los colores, todo…

Una emoción se apoderó de mi ser, pero esta se esfumó cuando alguien entró. Era una mujer que, por su físico, parecía de unos treinta y cinco años, pero su mirada estaba tan cansada que podía hacerla pasar por una persona de cincuenta. Cuando la miré fijamente, un frío me invadió, esa mujer era yo. Decidí quedarme un momento, ella estaba cansada y triste, no comió, simplemente ingresó en su habitación y se quedó dormida. Al instante entró un muchacho, menor a ella, lo reconocí de inmediato, era mi hermano menor. Él estaba feliz, yo no entendía por qué. Sin hacer ruido, se acercó a la mujer, la hizo despertar, ella lo saludó pero la expresión de su rostro no cambió.

Él sacó una caja de su chaqueta, yo la recordaba bien, la había hecho un mes atrás para guardar mis objetos más importantes, y ahora la tenía mi hermano. Me dio mucha curiosidad, así que me acerqué a ellos. Entonces él dijo:

—Hermana, hoy es tu cumpleaños, sé que desde hace algún tiempo no te gusta festejarlo, pero hoy quise hacer algo especial. Mira, esta es tu caja de recuerdos, necesitas revisarla.

La mujer sacó un par de anillos, eran los de papá y mamá.

—Estos me los dio mi madre cuando papá murió, ese fue mi último cumpleaños —dijo.

Algo en mí se rompió, no me imagino la vida sin mi padre, él es mi ejemplo y motivación.

—Exacto, hermana, han pasado seis años, hace tres murió mamá, y me has hecho mucha falta. No solo a mí, nuestro hermano menor sigue en el colegio y sabes que solo nos tiene a nosotros. Hermanita, no nos gusta verte en esta situación.

Mi mente empezó a dar miles de vueltas. De pronto, apareció una especie de nube junto a ellos. Ahí estaba yo unos años mayor, era mi cumpleaños, llamé a mi padre, me dijo que estaba camino a casa y colgué. Al instante alguien llamó a mi madre y ella empezó a llorar. Me asusté, corrí hacia ella y le quité el teléfono: mi padre había chocado y había muerto al instante. El policía que llamó dijo que había sido por hablar por teléfono mientras conducía.

Ahora entiendo la culpa que sentía mi versión futura. Empecé a llorar y salí inmediatamente por la ventana hacia la calle. La oscuridad era terrible, sentí a alguien cerca y un frío aterrador se apoderó de mi cuerpo. Una voz desconocida y grave me habló: "Hola, pequeña, veo que has conseguido llegar al pie del edificio, muy bien hecho, ya conociste parte del futuro, ahora tú decides si lo conservas o lo cambias", y luego desapareció.

Vi una luz al final y decidí correr hacia ella, había un puente colgante que parecía demasiado inestable. Al otro lado se podía ver el hermoso campo en el que aparecí al inicio de todo esto. De verdad quería llegar a él. Empecé a cruzar el puente, cuando llegué a la mitad vi un letrerito que decía: "Ya conoces tu presente: tranquilidad en el campo; y has visto tu futuro más cercano: la oscura ciudad. Solo en tus manos está cambiar, si lo quieres, claro está. ADIÓS".



El puente se rompió, sentí abandonar mi alma, hasta que desperté. Me había caído de la cama, envuelta en las sábanas. Los relámpagos habían cesado ya, todo había sido un sueño, uno muy real. Me levanté y fui a la cocina por un vaso de agua. Al regresar, vi un sobre celeste en mi cama, lo abrí y leí: “Solo tú puedes cambiar lo que has visto”.




JHON ALEISTHER NÚÑEZ
nació en Loja, Loja, en 1990. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Calasanz. Su actividad favorita es la enseñanza.

Los fantasmas de la atmósfera

¿Cómo te sentirías si te dijera que vives en un pueblo de donde nadie ha salido jamás? No hay adonde ir. Estoy seguro de que nunca saldré de aquí. Ni si quiera en un avión podría irme, los antiguos siempre nos decían que hay fantasmas en la atmósfera.

Un sinnúmero de personas dicen no recordar cómo llegaron. Dicen que es el año 2095, cuando se supone que viviríamos en

un mundo tecnológico, lógico, enmarcado en el “buen vivir” y el desarrollo, pero aquí seguimos, atrapados en un espacio que limita. Estamos en una sociedad onírica, somos el sueño de algún dios que no quiere despertarse al ver lo entretenido que es jugar con nosotros. Hay más gente en el cementerio que en la ciudad. La espesura de las montañas dificulta cruzarlas, ni el hombre más fuerte podría hacerlo. Las carreteras fueron destruidas en la guerra, esa es la única explicación que han dado nuestros abuelos, pero no sabemos nada más. Llevamos años incomunicados respecto al mundo exterior. No hay señales de que nadie se acuerde de nosotros. Hay un aproximado de medio millón de personas aquí, que día a día aprenden a convivir. Al principio hubo muchas muertes y el caos prevalecía, pero al parecer nos hemos acostumbrado al dolor, llegando a creer que así se siente la felicidad.

Pertenecemos al sur de un país que estaba, al azar, entre dos naciones. Cuando el pueblo vecino inició la guerra, quedamos indefensos, incomunicados, sin apoyo de la capital norteña. Parece que todo es un círculo sin fin. Nuestros abuelos sí saben por qué ocurrió esto, pero no quieren contarnos, dicen que la ignorancia es mejor que luchar contra los demonios de la verdad.

No hay nada por qué vivir. Uno elige sorprenderse pero aquí ya no hay elección. He dado vueltas a toda la ciudad más de 170 veces en toda mi vida. Hay gente que prefiere morir, pero morir aquí da lo mismo, ya que ni vivo importas o eres próspero. A veces el pueblo huele a miasmas o azufre. Vivo en un lugar donde la locura no es una enfermedad mental, sino un rasgo del folclore tragicómico.

Sin embargo, debo admitir que en el miserable ambiente en que vivimos hay pequeños gustos que con el tiempo se han transformado en lujos, tales como un buen fermento al atardecer, un poema añejo y un buen amor que te regale besos siempre que

llueva o siempre que el sol queme. Hablando de amor, antes, cuando estaba enamorado, mi vida era pasable. Estuve cuatro años junto a mi novia, con quien tenía intenciones sanas de matrimonio. Aunque la justicia sea más importante que el amor, ese era mi refugio ante tanta monotonía y aburrimiento. Los primeros meses fue maravilloso, pero el tiempo es el principal destructor de la convivencia, así que los problemas no tardaron en llegar. Gritos, insultos, todo provenía de un desmemoriado sentimiento que después de cuatro años se convirtió en traición. Si me preguntas por qué duramos tanto, te diré que fue porque aquí no hay nada más importante que hacer. Tocaba arraigarse al imprevisto de no ser amado. Pasaron los años antes de que lograra entender la traición de tal mujer.

Los festivales de arte son lo único que me entretiene. Siendo tiempo de empezar de nuevo y hacer de este pedacito de infierno un lugar más caliente y confortable, un amigo me invitó a uno de estos espectáculos. Tras el tiempo que no salí de mi casa y de la oscuridad paupérrima de mi mente, noté que habían nuevas personas viviendo aquí; como ya lo he comentado, no tienen ni la más mínima idea de cómo llegan aquí, pero con el tiempo se van adaptando.

Empezó el repertorio con la misma música funesta e hiriente que siempre se escucha, pero en vez de hostigarme decidí dejarme llevar por el compás de su tristeza.

Ya acariciaba la media noche, mi cuerpo, que había permanecido en reposo por mucho tiempo, ya no soportaba el cansancio y, de pronto, salió ella, la mujer más perfecta que había visto en toda mi vida. Me inquietó a tal punto que sentí energía en todo mi ser. Había vivido tan deprisa que todo dejó de impresionarme, hasta que ella cantó y, en medio de cientos de personas, la canción entró por mis ojos y terminó en mi corazón.



Los ángeles eran espías en este territorio impío. Debía consumir este sentimiento febril antes de quemarme en sus labios, que dibujaban rostros de calma en mi mente. Inexorable atracción, apenas terminó de cantar me acerqué muy seguro, deseaba saber quién era, cómo llegó aquí y, sobre todo, cuál era su nombre, con el cual soñaría cada noche larga y demente. Bajó del escenario como una reina cuyos pies volaban sobre territorio mortal y, sin miedo ni prejuicio, me acerqué a su inconfundible aroma. Saludé con firmeza y galanteo, y empecé un dialogo cómodo, lleno de adjetivos que enfocaran su interés en mí. Hablamos casi hasta el amanecer y, en cuestión de horas, ella se arrimó a mi modo arcaico de amar.

Apenas pasaron días y ya sentíamos que esta historia nos llegaba a la médula, era el combustible de nuestras nuevas vidas. Ella escalaba la pared de mi memoria en cada canción. Era como

el sol que se detiene en su espejo. Debía crear un cubo donde se pudiera sembrar un lugar secreto, un lugar donde la besaría sin temor al mundo, porque el mundo era mi enemigo y la salvación de ella. En las noches me sentaba en las esquinas de mi casa reemplazando cada broma que me había hecho, cada acto de celos, cada indirecta. Y es que verla celosa me gustaba más que verla amándome. Era delicioso su cinismo mientras me besaba y me decía que solo me quería a mí, a la vez que cruzaba los dedos a mis espaldas. A ella le gustaba que la ignoraran, eso le atraía. Le gustaba tener todo y que todos tuvieran nada. Era egoísta y los demás disfrutábamos de su personalidad, eso es lo que la hacía especial, te rescataba de la soledad mientras te destruía la vida. Ella caminaba entre los castillos que tenía guardados en su armario; yo era mendigo de su aliento y su voz.

Su sangre no era azul, era cristalina, como el manantial de lluvia de mi pueblo. En las tardes me negaba y en las noches me extrañaba, me dibujaba las mañanas como clavos como velas. Fue tierno el tiempo diurno en que visitamos el Museo, y es que las partituras adornaban nuestro cuadro, cuando ella era una niña y yo empezaba a ser un hombre ciego.

Es filoso el recuerdo que tengo de mí rogándole a escondidas, ella aguantándose las ganas, yo entrando por la rendija, vasija que se dibuja como noble, como antigua, como lo puro de mi tierra, como lo que nunca se calcina. Siempre he pensado que cuando el pueblo es pequeño, el amor es más grande; cuando el pueblo es infierno, el frío arde.

Teníamos la costumbre de pasear por lugares inhabitados, lejanos a todo, porque nuestro amor era prohibido, como todo lo que atrae a nuestra naturaleza. Un día, mientras nos sentábamos en una colina y nos abrazábamos, vimos unos seres con largas trompas y de cuerpo grueso. Nuestro ambiente de paz y erotismo

fue interrumpido por aquel cuadro apocalíptico. Ella me dijo que me alejara que le jurase que nunca me iba a acercar a ellos.

Al día siguiente, sin mayor explicación, me dijo que debíamos dejar de vernos. Muy típico, no sabía si sufrir o retirarme en silencio. Me pidió tiempo y, sin pedir argumento, después de un beso que se ubicaba en el funeral de mi último sentimiento, se fue sin regresar a ver, pensaba que si lo hacía se convertiría en sal.

Pasaron los meses y no soporté más. Pensándolo bien, siempre evitaba que la dejara en casa. Buscando en mi mente un sinnúmero de teorías que me hicieran comprender el porqué de su partida, me metí en aquel callejón, que nunca crucé por petición de ella, y empecé a averiguar quién era en realidad. Los seres humanos siempre seremos seres con dos almas. Una casucha mal estructurada me recibió casi como si pudiera expresar en su fachada una mueca de desdén al nuevo visitante. Fue fácil entrar; adentro solo había una mesa, una partitura y una carta corta que decía: “Fuiste el refugio para el daño que causó un amor del pasado. Debí salir de esta ciudad de la cual nadie sale, debí amar como nadie lo hace, debí dejarte para que seas libre”.

Era demasiado perfecto pensar que ella era la efigie del amor, pues creo que no existe nada ya. Pero no podía irme de este mundo sin hacer nada. Antes de marcharme de este vacío incoloro debía averiguar adónde se había ido y qué eran esos monstruos que observamos ese día. La tristeza me movió a hacer lo que ella me había prohibido. Fui a casa y me preparé para salir, con una lágrima y las notas que adornaban mis puños. Llevé víveres, lámparas y todo lo relacionado con supervivencia, aunque ya no me importaba sobrevivir.

Al llegar a la zona indicada no había nada, absolutamente nada. Era un área verde, común, sin nada de gracia ni nada atípico. Regresé a ver las luces de la ciudad y, sin importarme,

seguí caminando hasta los límites de esta. Deseaba alejarme de todo lo que me recordara a ella. Caminé semanas, la comida se me había terminado, maldecía el día en que nací en esta ciudad de la nada, estaba perdiendo la esperanza en todo y no lograba ver nada más que no fueran árboles y recuerdos negativos. Perdí todo, ya no podía hacer nada, mis fuerzas se terminaron, sentía que el frío y el hambre carcomían las entrañas de mi memoria muscular. Acostado cerca de las raíces de un árbol, mis ojos se cerraban por última vez cuando, de repente, los monstruos que habíamos visto se hicieron presentes. Al intentar dialogar, me recibieron con un golpe, y al escucharlos hablar el mismo idioma, me di cuenta de que no eran más que humanos vestidos con trajes de características extrañas.

Desperté muy cómodo en una cama junto a unas personas que jamás había visto en mi vida. Nervioso, pregunté dónde estaba, lo único que sabía de seguro era que ya no estaba en el pueblo. Me hicieron preguntas con un tinte científico acerca de mi origen y, después de largas horas de diálogo, me dijeron lo ocurrido.

La sorpresa no cabía en mi cabeza, no lo podía creer, mi cuerpo se desarmaba al saber que el lugar del que tanto renegaba, la fuente de todos mis dolores, ese pueblo ingrato era la última ciudad de todo el planeta Tierra.

Termino esta crónica aclarando que los monstruos que algún día vi no son más que los pocos sobrevivientes de un mundo que un día murió por falta de amor.

MARÍA DOLORES CELA
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio Internacional Rudolf Steiner. Sus actividades favoritas son leer, bailar y disfrutar de la naturaleza, en soledad o con seres queridos.

Volver al pasado

Un mundo, una vida, un dolor

Hace muy poco tiempo, el mundo se vio destinado a la destrucción, ya no había esperanzas ni algo en qué creer, solo había una salida: volver al pasado y arreglar lo que ya estaba hecho.

No quiero responder por qué tuve que ser yo la designada para esa labor, pero sí puedo decir mi razón para aceptarla: minutos antes de eso mi vida ya no tenía sentido.

Una mañana fría y nublada me vi obligada a ir a la escuela, no quería asistir, había algo que me hacía retroceder, una fuerza inexplicable. Al llegar allí, se oían sirenas de veloces ambulancias y violentos aviones tratando de alcanzar la más alta estrella y buscando el camino de vuelta a la felicidad. Solo recuerdo que corría y corría por los largos pasillos, los verdes patios y las anchas calles, buscando una salida. De repente, una gigante criatura avanzaba hacia mí, era morada, verdosa, parecía un pulpo con una enorme cabeza dentro de la que solo cabía venganza. El extraño ser había llegado de otro planeta, el más grande de todos, y lo único que quería era terminar con todo lo que se llamara vida, eso significaba con la Tierra. Respaldado por un gran ejército, mataba de persona en persona, sin piedad; entre ellas a lo único que yo tenía, mi familia, es decir, mi madre y mi hermana. Mi vida desde aquel momento ya no tuvo sentido, así que me resigné a morir. De pronto me recogió una gran nave que parecía un globo terráqueo de hierro sólido y me llevó a un laboratorio donde las personas caminaban de un lugar a otro. El jefe del lugar se acercó a mí y dijo que allí estaban los mejores científicos, que trataban de encontrar soluciones ante el problema del planeta.

—El universo está enojado con la Tierra por todo lo que ha cometido desde sus inicios, y la que tiene que responder eres tú —me dijo—. Aún no sé el porqué, solo sé que es por una desconocida razón.

Pensé que bromeaba, pero no, desde ese momento comenzó mi gran aventura, donde no hacían más que investigarme.

Llegó el momento de partir, el día que volví al pasado mandaron la información de mi cerebro y mi espíritu, pero no de mi cuerpo; estaba dividida en dos mundos, donde un día parecía un mes y una semana, un año.

Arreglé todo lo que pude: la destrucción de la capa de ozono, los muchos daños a la Tierra y, por ende, al universo, pero, sobre



todo, la vida en otros planetas; el universo estaba dividido, ya que la Tierra nunca había querido dar ni un poco de vida a los otros planetas. Se me acababa el tiempo, era una reconstrucción desde el punto cero, o punto de partida, hasta antes de la destrucción, y ya solo quedaba poco por destruir: un continente con la nave y a mí. Lo que me faltaba por arreglar era la maldad de la Tierra, así que rompí paradigmas, uní países e incluso derroté a Hitler, justo en el minuto en que casi acaban con todo lo que había.

El mundo se salvó, el universo y la Tierra se reconciliaron. El momento en que mi mente volvía a mi cuerpo, mi corazón se desconectó y mis pensamientos se perdieron en lo más profundo de la oscuridad, como un tesoro y regalo para el más allá. Morí y nunca más volví a ver la luz del día.

ANDRÉ SEBASTIÁN SALAS
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Luis Gonzaga.

El día que volví a ser yo

¿Quién soy? Una pregunta compleja de contestar, pero aquí tengo algo que os puede ayudar. Sentado en una silla, acostumbro observar impaciente las sombras danzar, mientras el caos avanza desplegando sus cadenas de dudas, en tanto que las auroras y las alas caen ensangrentadas frente a los que, sin fe, aceptan esta realidad devastada. ¡Pobres esclavos de la vida! Me gusta

mirar cómo se aproximan agobiados por susurros y aullidos. No me considero diferente a ellos, pues vidas parecidas hemos de padecer, pero yo detesto a los títeres y marionetas de carne, cuyos hilos y cadenas no importa quién las mueva, con tal de pertenecer a esta enredadera. Busco libertad, busco luz, busco abrir las cadenas y mirar al infierno retroceder.

En silencio, mi mente y mi alma aún están en busca de un camino por este desastroso lugar. La voz de mi guía es el viento, y el grito de mi enemigo, las palabras vagas de quienes me rodean, cadenas y trapos que me dejan ciego, sordo e inmóvil. No hay sol que ver ni manos que entregar. ¡No! ¡Nunca más! Basta de falsos profetas y sectas de humillación, déjenme escuchar el viento, déjenme mirar los rayos del sol, déjenme sentir la lluvia en mi piel y con mis manos acariciar el rostro de la Luna. Tú, mi dulce amada, a la que he dejado en el olvido, dime: ¿aún puedo contar contigo para luchar contra este mal que me aqueja? No me dejes, que estoy tan cerca, no me abandones, pues aún tengo ganas de luchar.

Quisiera mis alas liberar, alzar vuelo y volveros a encontrar: a ti, padre viento, que me dices dónde pisar; a la madre lluvia, que me consuela en mi pesar; a mi amigo sol, que alumbra mi rostro y mi vida; y por último, a mi amada Luna, mi blanca guerrera y compañera de batallas, sin ti ya no habría nada. Perdón, pero pronto me habré ido por aquella grieta, por ese espiral de locura y desesperación. Los demonios me volverán a encadenar en esta enredadera de muerte y vendarán mis ojos; regresaré a la oscuridad, diciendo la misma maldita mentira: "Tranquilo, es un sueño, nada más".

Les invito, quítense ese trapo sucio de su visión y observen a su alrededor, estos, los caminos que acompañan mi pesar y aquella grieta son mi forma de escapar. Si es que en la vida lloramos por estos senderos, ¿cómo podremos avanzar? Por eso les digo,

brindemos con un hurra por la tristeza, un hurra por el dolor, un hurra por lo que forjó nuestro corazón. Blandiremos nuestras espadas y, en marcha sepulcral, con gritos de ultratumba, la guerra contra los demonios ha de empezar. Acompañados por la tocata de un lombardo que nos impulsa a seguir, caigamos de rodillas, perdamos la cabeza, volvámonos locos; mientras aquel fervor calcinante en nuestra alma no se apague, hemos de seguir.

Esto es Raido, un viaje, una comunicación, invocar a la sabiduría de cada uno, acrecentar el espíritu y luchar por el amor y el porvenir, para que nuestros hijos tengan tierras llenas de libertad. Es Berkana, renacer, florecer y crecer en un nuevo destino, sin olvidar las cadenas que nos ataron. Es Algiz, el control, conocer a tu enemigo, desgarrar su alma desde adentro, pues, con el control de nuestras emociones y pensamientos será su ejecución. Es Urus, nuestra fuerza y temple, nuestra vida después de la muerte, somos un pueblo, somos una voz y un solo ser, somos Nouda y esta es nuestra revolución, este es nuestro momento de jugar.

Todas nuestras palabras transformadas en violencia, ira y odio, toda nuestra gente coge espadas, antorchas y piedras, todos nuestros pasos se escuchan como uno solo al dirigirnos al palacio, donde yacen todos los males que dominan este lugar, cortando las ramas de la enredadera que nos rodea. Perdimos a algunos individuos, pues no tenían fuerza de espíritu para luchar. Dijeron: "para qué resistir, al final nada cambiará". Cruzando el puente del olvido, muchos otros se retiraron, con las manos en su cabeza y sus recuerdos vacíos. ¿Por qué luchábamos?, se preguntaban, regresando a la devastada ciudad de entre las enredaderas. A la mitad del trayecto varios ya desistieron, pero yo aún he de seguir.

Pasando por el valle de las alucinaciones cayeron los esclavos del placer, perdieron la cabeza y, desahuciados, se quedaron crucificados, reclamando: "¡oh, dioses, ¿por qué me habéis



abandonado?". Triste es ver cómo culpan a quienes guiaron nuestros pasos por sus errores, por eso cuelgan de esas cruces: por un placer la vida los ha ejecutado.

Siguiendo el trayecto llegamos al castillo, una construcción fría, oscura e imponente que absorbe toda ilusión de quienes carecen de valor. Llegando a la puerta, y sin darme cuenta, solo me había quedado; no esperaba más, la verdad. Aun así, les felicito por haber llegado lejos, pero a las puertas del consuelo han caído.

Llamé al portón de los lamentos, donde yacen plasmados los rostros de miedo y desesperación de quienes han tenido el infortunio de cruzar estas puertas y no tolerar la encrucijada de este palacio real, un monumento que conmemora el desastre en el que estamos. Se abrió la puerta y vi a un hombre salir. Dándome la bienvenida, me hizo pasar.

—¿Me estaban esperando? —pregunté un poco serio.

A lo que el maestro del engaño, dueño de este sublime lugar, me contestó:

—Sabía de su visita y deseaba hablar con el cabeza de este ataque a la sociedad de la sombra.

Tengo que ser sincero, era un lindo lugar. Roca negra componía los muros, desde el techo colgaban candelabros en forma de telarañas que, aunque encendidos, no alumbraban a mayor distancia, y la respiración y el chirrido de las más características gárgolas les conferían vida.

Se me condujo a un salón donde un banquete se encontraba en la mesa. Alrededor de ella estaba sentado un grupo de seres grises, cuyas cuencas carecían de ojos y sus bocas, de dientes. Solo miraban pacientes los platos. Tomé asiento en medio de ellos, su respirar calmado producía intranquilidad. Cuatro de los cinco seres visibles que recorrían a nuestro alrededor me recordaban a los jinetes del apocalipsis. Mirar cómo una mujer delgada, a tal punto de ver sus huesos, se atragantaba de comida sin saciarse me hizo compararla con la miseria; un caballero negro con detalles rojos que parecían arder como el fuego era la guerra; un anciano sentado, observando a todos con cierta gracia, era la muerte; y un joven adolescente que no se inmutaba, solo leía. El quinto ser: un señor arrogante y con risa estúpida que se creía más que el resto. Me enfureció tanto su aspecto y actitud que me levanté de la mesa y me dirigí hacia él, propinándole un golpe lo dejé marcado, condenado al destierro de su máscara y mostrando un ser pútrido y sucio. Regresé a mi puesto escuchando cómo maldecía mi existencia, diciendo a gritos:

—Aunque te clave una aguja desde la punta de la cabeza hasta la punta del pie, no sentirás dolor, angustia o pena.

A lo que respondí:

—Aunque me claves una aguja desde la punta de la cabeza hasta la punta del pie, no sentiré nada, ni amor ni piedad ni compasión, gracias por comprender.

Terminada esta torpe discusión observé cómo, desde atrás de la silla principal, salió un niño. No parecía tener más de doce años y llevaba una corona carmesí en su cabeza, además de una sonrisa un poco burlona. El rey de este lugar, el maestro del engaño, realizó su gran debut frente a su sociedad de las sombras, su asamblea, ministros y mi persona, la revolución. Ese fue el momento, el final de ese tiempo, el final de ese desastroso mundo; había llegado la hora de actuar.

—Bienvenido a mi sala principal, mi nombre no es necesario mencionarlo, pues soy aquel a cuyos pasos acompañan la muerte y la tristeza. Estas manos causan agonía y dolor, asecho en tus sueños, los corrompo sin amparo, de mí no puedes huir, de mí no puedes correr, conmigo no puedes luchar, de nada servirá, pues habito en el deseo de la gente, de su mente soy dueño, soy su sombra, soy su destino, soy quien te acompaña por estos mórbidos senderos.

—Saludos, supongo que mi presentación no le ha de importar, así que solo diré el porqué de mi presencia. Desde la primera estrella que aparece en el firmamento hasta la última estrella que muera en el amanecer, te acecharé desde las sombras. Temerás mi aullido resonante y mis ojos bestiales, ojos rojos de sangre y fuego, que condenarán tu alma. Soy el hijo de la Luna y solo con ella he de perecer. Hay seres de la noche aflorando en mi piel, esperando el momento para alimentarse de tu ser.

Había llegado la noche de luna nueva, era tiempo de cazar, ambos sabíamos que en eso iba a acabar. Allí, donde acechaba el miedo y el olor a angustia impregnaba el aire con su aroma amargo, nuestro palpitar acelerado acompañaba los sonidos lúgubres del

castillo. La sangre fluyendo por nuestras venas nos invitaba a luchar, escuchábamos la risa del ladrón de almas mientras nos movíamos entre la oscuridad del salón. “Siente el roce de mis manos como navajas en tu cuerpo cada vez que sopla el viento helado de medianoche. Mira la esperanza de tu pueblo morir en tus manos mientras baño las mías en tu esencia vital. Apóyate en mi hombro y verás lo que es seguir en pie. La oscuridad a la que le temías se convertirá en tu aliada y el viento helado, tu forma de moverte. Permite que me haga de tu alma y acompáñame hasta la siguiente luna nueva”.

Por el cantar de la luna llena y el instinto nacido en mi alma pagana, juré que lucharía por ver una Tierra de libertad. Descenderé al infierno y mataré al diablo con mis propias garras. De fraudes y engaños hemos vivido; la verdad y pudor han quedado en el olvido. En qué bestias nos hemos convertido, que por un poco de oro las almas hemos vendido. Por la Luna del guerrero, acepté el trato de la dama de la noche para limpiar estos senderos. Clavando mi espada te diré “adiós”, quemando tu castillo te diré “descansa” y saliendo de la grieta alzaré mi puño y gritaré “¡libertad!”.




ANGIE MELO
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa La Inmaculada. Sus actividades favoritas son ver animaciones y hacer dibujos.

El diente de sable

Hace no muchos años, en un pequeño pueblo de Rusia cerca de las montañas, vivía un chico muy aventurero y ambicioso llamado Alek. Era un joven alto, delgado, de cabello rojo y ojos verdes. Cuando sus padres fallecieron, él compró una cabaña en el bosque, y entonces comenzó su gran aventura.

Alek tenía una obsesión por los objetos extraños o únicos, antes de que sus padres murieran en un accidente, él estudiaba arqueología, pero esto no lo hacía feliz. Cuando cumplió 21 años y sus padres fallecieron, abandonó sus estudios para dedicarse

a coleccionar piedras preciosas, las cuales tenían un gran valor comercial. Alek se volvió codicioso y demasiado imprudente. Un día se enteró de que un hombre ofrecía una gran cantidad de dinero por una pieza única y extremadamente difícil de encontrar de un animal extinto, el tigre dientes de sable. Esta persona buscaba el colmillo característico de esta especie y Alek se empeñó en buscarlo. Como se dijo antes, él era muy ambicioso y codicioso, por lo que quería obtener esa fortuna a toda costa.

Alek buscó información sobre leyendas e historias de los pueblos antiguos del país. Hubo una que le llamó mucho la atención, era sobre un pueblo casi desconocido cerca de un muelle, y lo que tenía de especial era que, por alguna razón, los marineros y pescadores que salían de ahí desaparecían al viajar a una isla. Alek viajó a ese lugar con la esperanza de encontrar algo; al llegar preguntó a un marinero:

—¿Dónde puedo encontrar algún relato antiguo de este pueblo?

El marinero respondió:

—Tal vez debas preguntarle a aquel pescador, ha vivido aquí toda su vida.

Alek se acercó al pescador y le dijo:

—¡Hey, tú, anciano! Me dijeron que sabes el secreto de este pueblo. ¿Es eso cierto?

—¡Oh!, claro que sí. Pero será mejor que te vayas si quieres conservar tu vida.

—Lo que haya pasado en este lugar no me importa, necesito saber si aquella isla misteriosa existe —dijo Alek enojado.

—Escucha, muchacho, esa isla es muy peligrosa, muchos aventureros como tú han ido ahí buscando riquezas y tesoros, pero nadie ha vuelto, además es muy difícil de encontrar.

—¿Por qué todos aquí le temen?



—Porque esa isla está… maldita. Se dice que cualquiera que entre se volverá loco con el tiempo y se volverá parte de ella para siempre.

Alek, muy confiado y temerario, dijo:

—Yo no creo en maldiciones. Si de verdad esa isla existe, la voy a encontrar, no importa si tú me dices que no vaya. Eres un pescador y me darás el mejor bote que tengas. Necesito ir, es mi oportunidad de encontrar lo que tanto he buscado.

—De acuerdo, pero no olvides que te lo advertí —dijo el pescador decepcionado.

Alek compró el bote y zarpó hacia la isla. Tras varias semanas de navegar por el mar, estaba a punto de rendirse, hasta que vio unos trozos de madera flotando, los cuales provenían de un barco destrozado. Finalmente encontró la isla, era enorme y tenía la forma

de una mariposa. Alek buscaba y buscaba por todas partes pero no encontraba el diente. El tiempo pasaba y la maldición de la isla lo estaba afectando, estaba perdiendo la razón. Alek hubiera sido una persona más desaparecida en el mar de no ser porque un día alguien lo atacó y lo empezó a perseguir, tal vez un marinero que llegó a la isla antes que él. Esa persona no parecía humana, la maldición ya estaba dentro de él. Alek llegó a un lugar sin salida, y cuando estaba a punto de ser asesinado, una serpiente atacó al lunático. Alek escapó y se dio cuenta de que terminaría igual que esa persona si no salía de la isla. Recobró el aliento y se sintió muy débil, una tormenta cayó en la isla y, en su último intento de salvar su alma, gritó mientras los rayos caían:

—¡Perdón! Lamento todo lo que hice, me convertí en alguien despreciable, alguien que no soy. Quiero cambiar, quiero volver a casa, quiero ser alguien mejor. Por favor… perdón —dijo Alek entre lágrimas.

De repente, un brillo salió desde el suelo de la isla revelando un cristal, y dentro de él se encontraba el diente de sable que tanto había buscado. Con una rama afilada, rompió el cristal y sacó el diente, la isla empezó a hundirse. Alek corrió lo más rápido que pudo hacia su bote y salió desesperado de ese lugar.

Al llegar de regreso al muelle, el pescador se sorprendió de verlo. Alek bajó del bote y cayó, estaba muy cansado y hambriento. Cuando el pescador se acercó a él, Alek susurró:

—Gracias… —haciendo referencia al bote que el pescador le vendió.

Tiempo después Alek se recuperó, actualmente tiene 38 años y es una leyenda en varias ciudades de Rusia, porque ha sido la única persona que ha regresado de la isla. Alek nunca vendió el diente de sable al comerciante, lo conservó como un recuerdo del hombre que alguna vez fue.




PAÚL CHIMBO
nació en Loja, Loja,
en 1985. Trabaja en el
Colegio Fiscomisional
Calasanz. Su actividad
favorita es comer café
con pan.

Home

PRIMERA PARTE

(Rayos: Sigamos escribiendo)

Miedo… El miedo es una rata mojada dormida dentro del corazón. O está tendido debajo de la cama. O piensa en un palíndromo. O está triste. O tiene los ojos tristes. O tiene miedo. O tiene miedo en el corazón. O se ha estrellado contra el tiempo y ha envejecido de golpe. O vive en una ciudad de hielo. O cree que

merece ser feliz en esa ciudad. La felicidad cree que O no existe. Y ese animal mojado está ahí masticándole la carne, y es real como su hambre; está ahí, sucio, comiéndole las ganas de vivir. O solo piensa en regalarle a alguien un poco de lluvia.

¡Silencio!

O quiere escribir.

Tal vez duermo en el vientre del universo.

Tal vez nado en una lágrima de dios.

Tal vez soy la última noche, la primera.

Tal vez te bese.

Tal vez.

SEGUNDA PARTE

(Rayos: Debe ser un milagro)

A 8 le gusta pensar en la soledad. 8 conoce la soledad. 8 quiere descubrir de qué están hechos los corazones. "Cuán misteriosa es 8", dicen todos. "Un día dejaré de ser 8 y seré yo", piensa 8. Nadie ha visto a 8. Yo sí. 8 tiene todo lo necesario para llegar a la cima. 8 ama a su familia. 8 tiene un par de pájaros negros en los ojos. 8 crece bajo la profecía del amor. 8 escribe que "Todo está un poco roto". Silencio. Frío. Lluvia. Gotas de lluvia que se escurren por el vidrio sucio y roto de los días. 8 quisiera ser lluvia para escribir un nombre infinito. 8 no puede limpiar la oscuridad de los sueños rotos. A 8 le crece un corazón. 8 cree que es un milagro.

El milagro es la luz en el abismo pero también el mundo entero.

El milagro es el hombre pero también la belleza.



El milagro es esto.

Pero también la poesía.

TERCERA PARTE

(Rayos: Te quiero)

Yo no iba hacia el mundo, me escondía en espejos rotos para que nadie puediera encontrarme. El cielo entero se tragaba a los de mi generación, entonces huía hacia sitios hermosos para ocultarme del cielo caníbal. Yo no iba hacia el mundo, me quedaba en cualquier parte, haciendo tiempo hasta encontrar la forma de entrar en la realidad y robarte. ¿Entiendes? La oscura verdad del universo consiste en escaparse del universo y verlo todo desde ahí. Los incurables sedientos están cerca, nada les hará daño, ni

siquiera el amor. Yo no iba hacia el mundo, me extravié del camino cuando liberé mi corazón a la noche, pero ya estoy cansado del rayo y de beberme la luz a escondidas del mundo. No tengo miedo. No tengas miedo. Repítelo hasta creerlo y hasta que nazca en tu cabeza salvaje un hada azul.

O,

el animal mojado que habita en ti ha muerto de hambre hace siglos. Todo en él se evaporó.

O,

ya no tienes el rostro sumergido suavemente en melancolía.

O,

aquí empiezas a vivir.

Hada azul, llegaste tiritando, traías un poema en los ojos. Yo lo saqué de ahí con mis ojos para sembrarlo en la lluvia. Hermosa criatura de un instante sin fin, te desmenuzo en estas palabras para descansar a tu lado, para aplazar la muerte y morder el anzuelo de la vida. Hoy, a las 3h49, el miedo se ahorca con un beso. Todo el dolor del mundo me pesa. Tiene que ser así. Y lo bebo agradecido.

8,

no dejes que el vacío te encuentre.

8,

aquí acaricio tu nombre invisible.

8,

se puede leer solo una vez.




ELENYMAR CAROLINA MORALES
nació en Machala, El Oro, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio Kléber Franco Cruz. Su actividad favorita es leer.

El monstruo enamorado

¿Has escuchado alguna vez una leyenda? Sabes, yo te puedo contar una que te podría gustar... ¡Te la contaré!

Se dice que, hace muchos años, en nuestras costas no había peces. ¡¿Te puedes imaginar un mar sin peces?! Pues estos se habían ido porque había un monstruo que los aterraba.

Todo empezó hace tiempo en la playa de Jambelí. Ahí había

un hermoso pero extraño ser que no se sabía de dónde había aparecido. Este ser a veces tenía forma de tiburón y otras veces parecía una persona normal. Se dice que era el protector de las costas y que ayudaba a los pescadores cuando salían a alta mar. Además, cuando alguien trataba de dañar o contaminar la playa, él los convertía en peces, y así los tenía hasta que aprendieran a cuidar las aguas; después los convertía en personas otra vez.

Cuando se transformaba en humano, su piel parecía de diamantes y sus cabellos eran largos y brillantes. En su cuerpo tenía marcas como tatuajes, que estaban en un idioma desconocido para los costeños; estos también se notaban cuando se transformaba en tiburón y por eso lo distinguían del resto de su especie.

A pesar de que todos lo querían mucho, él era un ser solitario, ya que no tenía a nadie con quien reírse y compartir aventuras, alguien con quien hablar y con quien se sintiera bien. Él quería amar a alguien y sentirse amado de la misma manera en que se amaban las parejas que observaba cruzar por la orilla de la playa a diario.

Un día decidió que tenía que conseguir a alguien que fuera para él, alguien que lo amara y que no lo dejase solo, que lo consintiera y le enseñara cosas que él no sabía. Días después cruzó por la playa una joven, ella era de piel blanca, cual jazmín, y su cabellera era negra y larga como la de una princesa de cuento de hadas. Él quiso conocer a la misteriosa chica que lo cautivó a primera vista. Ella se había mudado con su familia al lugar y había salido a conocer la zona que sería su nuevo hogar.

El misterioso ser la quería conocer, quería saber su nombre, saber que le gustaba... en fin, quería saber todo sobre ella. Transcurrieron varios días hasta que tomó valor, se acercó hacia la joven y comenzó a hablar con ella. En un principio la joven se asustó, ya que nunca había visto a alguien como él, pero luego se

acercó y conversaron por un buen rato. El ser extraño se llamaba Hikari y la hermosa joven se llamaba Sara. Ella se hizo amiga de Hikari porque sentía curiosidad por su persona.

Todos los días, ella pasaba por la orilla de la playa a la misma hora y él la esperaba para conversar. Poco a poco, Hikari se fue enamorando de ella, hasta que, sin darse cuenta, estaba perdidamente enamorado de Sara. Pero a ella le gustaba otra persona e Hikari no lo sabía, él quería conquistarla a como diera lugar, ya que deseaba una compañera de vida para así no sentirse solo y anhelaba que fuera ella.

Cuando Sara llegó a su casa después de conversar con Hikari se enteró de que la persona que tanto amaba, de la que ella estaba perdidamente enamorada, se había casado y se sintió muy mal por eso. Salió corriendo en dirección a la playa y se sentó en la arena a llorar. Hikari escuchó su llanto y se acercó a preguntarle qué le pasaba, ella, al ver la preocupación de su amigo, le contó todo. Entonces Hikari aprovechó y le confesó lo que sentía y ella, al oírlo, se quedó anonadada; se sentía muy mal por no haberse dado cuenta antes y no sabía qué hacer al respecto.

Para olvidar a aquel chico que la había lastimado, Sara aceptó a Hikari, aunque ella no sentía lo mismo, y así comenzaron una relación. Hikari la llevaba todas las tardes a conocer las especies del fondo del mar, pues le dio la capacidad de respirar bajo el agua, y ella se admiraba al ver tanta belleza.

Sara quedaba cada vez más asombrada, pero aún no olvidaba a aquel chico del que se había enamorado. Pasó el tiempo y Sara se casó con Hikari. Se fueron a vivir al fondo de las aguas de las costas y el lugar nunca fue tan sano, bello y abundante como en ese tiempo. La felicidad de Hikari trajo más suerte a los pescadores que, al salir a trabajar, encontraban que las aguas estaban muy tranquilas. Todo era perfecto para Hikari.



Pasaron los años y Sara aún no superaba al chico del que se había enamorado. Todas las noches, antes de dormir, se sentaba en una roca a mirar la superficie con la esperanza de que aquel chico regresara y le confesara su amor. Hikari sabía eso y eso lo lastimaba, él le daba regalos y siempre trataba de verla feliz, pero ella no quería nada. Llegó a un punto en que todo lo que provenía de Hikari le parecía estúpido, y eso a Hikari le molestaba cada vez más. Hasta que un día no lo soportó más, se fue muy molesto y comenzó a asustar a los peces. La playa se quedó desierta y estuvo así por varios meses. Hikari se había convertido en un monstruo, lastimaba a los animales de la zona y los pescadores no podían salir a trabajar porque el agua estaba muy turbia. Se notaba que Hikari estaba mal, las olas eran demasiado bruscas y esto perjudicaba a toda la comunidad.

Hikari se había salido de control pero a Sara no le importaba. Él se sentía muy triste, no sabía qué había hecho mal, qué tenía

esa persona que él no tenía, qué había hecho que Sara estuviera perdidamente enamorada de él.

Al ver la gravedad del problema que había causado en la costa, Hikari tomó una decisión, dejaría que Sara regresara a la superficie; y así fue, pero Hikari hizo algo que le pareció muy mal a muchas personas. Antes de su partida, le quitó a Sara la capacidad de amar; así, al regresar a la superficie, no sentiría nada por nadie. La durmió y la regresó a la superficie. Hikari la había matado por dentro. Al despertar, Sara no recordaba nada, no sabía dónde estaba, se sentía muy confundida.

Después de un tiempo, todo volvió a la normalidad. Las aguas volvieron a estar tranquilas y los pescadores pudieron volver a sus labores. Hikari desapareció de la costa, nunca más lo volvieron a ver. Los pescadores lo buscaron por mucho tiempo pero no lo encontraron jamás.

Se dice que si vas más allá de las costas, donde comienza el mar abierto, verás a Hikari llorando por su amor. En tierra, en honor al monstruo enamorado, todos los años se hace un desfile náutico, donde se elige a la reina del desfile, que representa a la bellísima Sara, para ofrecerla a Hikari a ver si regresa. Hasta ahora Hikari no ha vuelto, pero los pescadores aún tienen la esperanza de que algún día lo haga, para proteger nuestro perfil costero.




CAROLINA HUACHAMIN
nació en Baeza, Napo, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Baeza. Su actividad favorita es cantar.

Aiden, el semidiós de los muertos

Había una vez una pareja de recién casados, eran muy ricos pero no eran felices, ya que ellos deseaban tener hijos pero la esposa no podía. Aunque intentaron con muchos métodos, no lo lograron. Cada vez que ella quedaba embarazada los bebés morían, era como si una maldición hubiese caído sobre ellos. Pidieron a los dioses que, por favor, les dieran un niño o una niña sanos y fuertes, pero aquellos dioses nunca escucharon sus plegarias. Entonces,

decididos, fueron al inframundo, donde se encontraba Hades, para suplicarle que les diera un hijo.

Hades accedió pero con una pequeña condición y la pareja aceptó sin pensarlo dos veces. Entonces Hades les dijo que cuando naciera su hijo tendría que ser su aliado, que todo lo que él dijera, aquel bebé debía hacerlo, y que cuando cumpliera dieciocho años, él subiría a llevárselo para que el muchacho fuera su mano derecha.

Así fue, pasaron los años, sus padres lo vieron crecer, lo amaron y lloraron, ya que sabían que en algún momento el joven iba a ser llevado por el dios de los infiernos y, aunque le hubieran enseñado buenas cosas, allá iba a ser una mala persona por la influencia de Satán.

Cuando Aiden cumplió dieciocho años, todos sus amigos y familiares llegaron a su gran fiesta. Entonces, de pronto, de una masa de humo y fuego apareció Hades, el cual señaló con su dedo a su elegido y le dijo que tenía que irse con él. El muchacho no entendía nada, y estaba muy nervioso y asustado; sus padres, amigos y familiares también estaban muertos del susto. Aunque ellos sabían que era su destino, no querían dejarlo ir y se aferraron a él, así que Hades lo tomó, se lo llevó a la fuerza y desapareció en su escalofriante pitón de ocho cabezas.

Cuando Aiden llegó al inframundo se sorprendió mucho, ya que vio muchas cosas horribles: personas quemándose en pailas gigantes, bailando entre las llamas mientras gritaban de dolor, personas que comían pero nunca terminaban, personas matándose que nunca lo lograban, ya que tenían vida eterna. Hades le explicó que esas personas, cuando estaban en la Tierra, se iban de fiesta hasta el amanecer, las otras comían por gula y las últimas eran personas que se suicidaron y dejaron a su familia sola y con gran dolor; le dijo que él debía ayudarle a reunir un gran



ejército de vivos y no vivos para apoderarse del Olimpo; también le explicó que él fue quien les concedió a sus padres la virtud de tener un hijo y que cuando él tuviera su mayoría de edad debía ir con él para ser su aliado y su mano derecha. Ahí fue cuando Aiden entendió que ese era su destino y que era un semidiós, así que apoyó al diablo y formaron un gran ejército, donde debían luchar para ganar un lugar en el Olimpo, ya que Zeus había catigado a Hades enviándolo al inframundo. Empezó una gran masacre donde Aiden, el semidiós, ganó con gran honor. Hades era el nuevo dios supremo, él nunca creyó que iban a derrotar a Zeus tan rápido. Como agradecimiento, transformó al muchacho en un dios con vida eterna, pero si él cometía algún acto impuro o que no le agradase al nuevo dios, lo mataría.

Así pasó el tiempo, mientras Hades administraba muy mal su imperio, Zeus tenía una furia inmensa que lo dejaba sin energías.

El antiguo dios del Olimpo pasó muchos años encerrado pero nunca se rindió. Quería de nuevo su lugar y no se iba a dar por vencido, así que levantó un gran ejército. Aiden nunca lo sospechó y peor Hades, y finalmente los dos volvieron al inframundo y sufrieron la furia de Zeus. Cuando Hades atacó nuevamente el Olimpo, desaparecieron y nunca más se los volvió a ver.

MAGALY BUSTOS
estudia en primer año de Bachillerato de Unidad Educativa Macandamine.

Un ser misterioso

Cierto día, con un sol radiante y el chillido de los pajarillos, el aroma dulce de hermosas flores y el rocío de la lluvia, una niña llamada Alejandra salió de su cama con tranquilidad para desayunar. Mientras tomaba un dulce chocolate vio en la lejanía, en el fondo del paisaje, a una persona que se acercaba muy lentamente a su rancho, y se dijo: "Es un anciano, necesita ayuda". Salió apresuradamente a buscarlo y, mientras iba caminando, tropezó con una piedra brillante, la tomó y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Llegó frente al anciano y este, preocupado, le pidió ayuda, que lo llevara a un lugar cercano para descansar. Sin dudarlo, Alejandra lo llevó a su pequeño y humilde rancho. Al llegar tomó unas pocas galletas con té y se lo sirvió. El anciano, muy alegre, le agradeció por tanta amabilidad. La niña, con algo de temor, le preguntó:

—¿Qué hace un anciano en un lugar tan alejado de la ciudad? —Su respuesta fue que prefería omitir tal respuesta.

Alejandra no insistió más y dejó que se quedara y descansara en el rancho. Al día siguiente realizó la misma rutina, pero al despertar el anciano ya no se encontraba en su cuarto. Esperó hasta que regresara y cuando llegó le preguntó adónde había salido, a lo que le respondió:

—A buscar algo que se me perdió.

Y salió sin darle explicación alguna.

Ya era muy tarde cuando Alejandra decidió salir a buscar al anciano. Llegó a un lugar muy funesto, escuchó unas voces, se acercó más y, entre esas voces, escuchó a cierto anciano que decía que mientras no encontrase aquella piedra él no se iría de ese lugar, porque era lo único que podía hacer para regresar al espacio.

La niña pensó: "¿Qué es lo que pasa? ¿A quién estoy dejando vivir en mi casa? ¿Quién es el misterioso anciano?". En ese momento decidió que, cuando el anciano llegase a la casa, le haría las preguntas necesarias para saber quién era realmente.

Así fue, llegó al rancho y le preguntó de dónde venía y quién era realmente. El anciano respondió que él no era ningún anciano, como pensaba, y mientras decía esto se sacaba un traje que cubría su rostro, pues verdaderamente era un personaje muy horrible que hizo que la niña se alejara de él. Entonces le contó que él tenía que recuperar una piedra especial que había perdido y que necesitaba para llegar a su planeta. Muy asustada, Alejandra le confesó que



ella había encontrado una piedra con aquellas características. El anciano se alegró mucho y le pidió que le regresara la piedra, porque era el único mecanismo para poder llegar a su lugar de origen. Alejandra tomó la piedra de su chaqueta y se la entregó. El anciano la recibió, salió apresuradamente de la casa, a un lugar no tan lejano donde la piedra se ponía en contacto con el sol, y se despidió:

—Gracias por todo, tú me escuchaste y me aceptaste en tu casa sin conocerme.

Desde ese momento, aquel rancho ya no es el mismo, pues los ciudadanos viven atemorizados de que en cualquier momento pueda llegar otro ser misterioso.




GUSTAVO ECHEVERRÍA
nació en Atuntaqui, Imbabura, en 1985. Trabaja en la Unidad Educativa Francisco de Orellana. Su actividad favorita es la música.

Un objeto volador no identificado

Érase un día como cualquier día de los días de la vida cotidiana, así como normalmente se vive, sin esperar algún evento sorprendente o algo anormal. En la comunidad de la Compañía, en los alrededores de San Pablo del Lago, en el sector del Desaguadero, junto a mi padre, Telmo Echeverría, salimos, en horas de la noche, hacia uno de los terrenos con sembríos de maíz. Era entre eso de las 19h00 y teníamos la necesidad de coger un poco de maíz, para realizar



tostado para nuestra merienda de ese día y parte del día siguiente. Salimos con el gusto de traer lo que necesitábamos para nuestra cocina, pero no pudimos explicar lo que se suscitó en breves momentos.

Nos encontrábamos gustosos y alegres de estar en familia, en horas de la noche y en presencia de la oscuridad, sin linterna o medio que produjera luz, acostumbrados al campo, cuando, en medio de nuestro terreno, en plena oscuridad, apareció una luz proveniente del cielo cuyo origen no conocíamos. Eran unas luces de colores (rojo, azul, amarillo, plateado), dispuestas en forma circular, que giraban sobre nosotros a una altura máxima de un árbol de eucalipto y sobre todo lo que iluminaban con gran esplendor, y no hacían ninguna forma de ruido.

Sorprendidos, nos arrojamos contra el piso y nos quedamos en silencio total hasta que este objeto volador no identificado se

fuera del lugar. Así lo hizo, lentamente, durando esta experiencia unos segundos, nada más, hasta desaparecer en el cielo de la nada. En nuestras mentes y corazones quedó una anécdota increíble y el desconocimiento del origen de esa luz brillante en forma de platillo volador.

DAYANA LIZBETH ALBUJA
nació en Otavalo, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Otavalo. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

El cosmos de Edith

Al despertar una mañana, tras un sueño intranquilo, Edith encontró en su cama millones de recuerdos imborrables, donde imaginaba el mejor y el peor de los tiempos: la edad de la curiosidad y también de la locura; la época de las creencias y de la duda; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación; cuando todo lo poseía, pero no tenía nada; caminar en derechura al cielo y extraviarse por el camino opuesto. De tal modo quedaron impresos en la memoria de Edith huellas con trucos a cada paso.

A los doce años, Edith todavía era una niña con chispas en los ojos, la piel sin brillo, la boca con algunos huecos traviesos, el pelo color de ratón y un esqueleto visible en su cuerpo, que parecía demasiado flexible para su tamaño. Era muy curiosa, también era súper alegre y le gustaba soñar.

En una tarde soleada, Edith preparó velozmente fresas achocolatadas con sabor a miel y las envolvió en papel aluminio. Las colocó en su lonchera azulada para venderlas en el recreo y después emprendió su viaje a la escuela, sin olvidar la compañía de Lili, su hermana siguiente, y Joel, su hermano menor. En el camino, Edith pensaba en su mamá, quien no tenía el tiempo suficiente en su larga agenda para darles algunos minutos de cariño.

De pronto, en un gélido anochecer del invierno, el padre de Edith cogió sus maletas y se fue para nunca más volver. Edith pensaba que las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera, sin embargo sucedieron así. Entristecida y sin perder la esperanza, solo pudo abrazar a su mamá.

Al acabar la noche, su abuelita Clarita le contó una historia rara. Le dijo que hacía mucho tiempo, cuando era niña, vivía en Atuntaqui, donde había una fábrica muy grande, y donde se hacía tela e hilo con algodón. Su mamá trabajó ahí en condiciones muy feas, porque les pagaban poco y las horas de trabajo eran exageradas. Le habló sobre los niños de ese tiempo, cuando no importaba si sabían o no leer o escribir, ellos también tenían que trabajar mucho. Había una niña que era muy obediente en todo y muy alegre con todos, pero de repente, un día, nadie volvió a saber de ella. La abuela acabó su pequeño relato con un besito en la frente de Edith y ella se quedó profundamente dormida.

Al otro día, en el aula de clase, la profesora dijo con voz chillona a sus alumnas que se irían a la Fábrica Imbabura, en una gira de



observación. Edith estaba emocionada, pero a la vez recordaba la historia que le contó su abuelita.

Al estar, por fin, en ese lugar, una niña de cabello claro se le acercó y le preguntó su nombre. Edith estaba un poco asustada pero después eso pasó. La niña le mostró todos los cuartos de la fábrica y pasaron hablando por horas. Después se encontraron con unas rocas a cuyos pies corría un río, en ese lugar ellas tenían el don de la risa y la intuición de que el mundo estaba loco. Edith navegó en su imaginación, casi invisible a los demás, quienes se niegan a verla. De repente, Edith se dio cuenta de que su amiga ya no estaba y pensó en la niña que desapareció hace muchos años en la historia contada por su abuelita; se dijo, sorprendida, que todo estaba en su mente, que su espacio y su propio universo eran fantasía. Entonces comenzó a escuchar ecos ruidosos que venían del mundo exterior, era la profesora, espantada, buscando a Edith.

Unos minutos más tarde, la profesora y las niñas regresaron a la escuela. Cuando llegaron, Edith corrió hacia su casa, donde encontró a sus hermanos y a su abuelita. Edith, muy emocionada, les dijo lo que le había sucedido.

Su abuelita le platicó que pocas personas pueden imaginar las historias hasta el punto de convertirlas en realidad. Sacó de su bolso un libro titulado *El principito*, se lo dio suavemente y le dijo que ella necesitaba leer para hacer uso de su imaginación, pero que si se encontraba otra vez viviendo en una fantasía, tratase de salir de ahí, porque un momento de felicidad le costaría la vida.

LISSETH KATHERINE SILVA nació en Cascales, Sucumbíos, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Sus actividades favoritas son la escritura y la lectura.

Un amigo inesperado

Érase una vez una bella jovencita, de cabello hermoso y rubio muy largo. Su nombre era Lía, era una chica muy tímida con las personas que no conocía, tenía apenas doce años y vivía con su madre, Natalia, en un pueblo pequeño llamado Loroyacu, ya que Julio, su padre, había fallecido algunos años atrás porque padecía de cáncer. Ella y su madre lo extrañaban mucho cada día, cada hora, cada segundo… en fin, en todo momento.

Natalia trabajaba en un centro comercial en Cascales, un cantón de aquel pueblo. Julio le había dejado a Lía un hermoso recuerdo: una hermosa cajita de cristal decorada con pequeños pedazos de oro, y le pidió que la cuidara mucho, ya que era un objeto que iba de generación en generación.

Lía la veía todas las noches, pero nunca en el mismo lugar donde la había dejado la noche anterior, y en aquella cajita aparecía el rostro de una extraña criatura que le sonreía y al mismo tiempo se escondía. La niña se lo contó a su madre, pero ella pensó que era una locura de su hija, una alucinación.

Un lunes, cuando el sol salía y eran las 7h30 de la mañana, Natalia salió a comprar medicamentos para Lía. Ella se quedó en casa ya que, por el gran dolor que sentía, no lograba levantarse de la cama. Era un dolor muy fuerte, de esos que te atacan en la cabeza. Era un dolor insoportable para Lía.

La jovencita observó nuevamente cómo esa extraña criatura salía de un cajón de su clóset. Asustada, se escondió entre sus sábanas y esperó que desapareciera, pero la vio acercarse cada vez más, hasta que estuvieron frente a frente. Era un duendecillo que se veía adorable y amigable. Entonces ella le preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Por qué te ocultas? ¿A qué le temes?

Con mucho temor, le contestó:

—Mi nombre es Togas y vengo de un mundo muy distinto al tuyo, mi mundo está lleno de seres idénticos a mí, pero ellos son crueles, creen que yo soy un brujo y no pertenezco a ese mundo. Por eso decidí buscar nuevos rumbos.

—No te preocupes —dijo Lía—, yo te cuidaré y te querré mucho, como si fueras mi hermano, ¡el que nunca tuve! Pero no se lo digamos a mi mamá, porque ella nos separaría y yo no quiero eso.



—Está bien Lía —respondió Togas.

El duendecillo tenía poderes, pero no los dominaba bien, hasta que intentó curar a Lía de su extraño dolor y tuvo un resultado positivo. La jovencita no sintió más aquel dolor que la atormentaba. A las 8h00 su madre llegó a casa y Togas corrió a esconderse para que Natalia no lo viera.

La madre escuchó a su hija hablando con alguien. Ella pensó que era la imaginación de su hija, pero eso se estaba volviendo cada vez más incómodo. Con el pasar de los días, Lía se volvió una niña optimista.

Un día, Lía se enfermó gravemente y tuvieron que internarla en el hospital, Natalia recibió con mucho dolor la noticia del doctor que atendió a Lía y le dijo:

—Su pequeña tiene cáncer terminal y ya no podemos hacer nada. ¡Lo siento mucho, señora!

Natalia, destrozada, llegó a casa y la observó vacía, sin su hija, la que le daba alegría, su razón de vivir. Togas escuchó la noticia, tan triste, sobre Lía y salió del escondite en el cual se había ocultado por mucho tiempo. Natalia se asustó, pero Togas habló con ella y la convenció de ir a ver a Lía al hospital.

Al día siguiente, el duendecillo visitó a Lía en el hospital, fue una sorpresa para ella. No muy seguro de sus poderes, Togas intentó curar a Lía, sin éxitos primeramente, pero después de varios intentos lo consiguió.

Lía se recuperó muy pronto, su madre buscó a aquel amigo que salvó la vida de su hija, sin embargo no obtuvo ninguna respuesta.

Dos meses después recibieron una carta que decía: "Querida amiga, cuando leas esto yo estaré en un lugar mejor, donde nadie me juzgará. Tal vez ya descanse. Fue un honor haber dado la vida por ti, te doy las gracias por aceptarme en tu hogar. Sabes, nunca te olvidaré y cada vez que me necesites estaré ahí para ti. Esto no es un adiós, sino un hasta luego".

Las dos siguieron con sus vidas normalmente pero Lía aún observa aquella cajita, esperando que ese amigo inesperado vuelva a aparecer.




ERICK ELÍAS PAILLACHO
nació en El Chaco-Linares, Napo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Chaco. Sus actividades favoritas son escribir y observar la naturaleza.

Mis tres sueños

Les voy a narrar, en el siguiente texto, tres extraños sueños que tuve en una sola noche.

Ese día todo fue como en cualquier otro, tomé mi cena y me fui a mi cama. Estuve jugando en mi celular un rato, acabé de jugar y me dormí.

Primero soñé que me encontraba en un lugar muy oscuro, no tenía a nadie a mí alrededor. No tengo palabras para describir lo asustado que me encontraba en ese sueño. Me sentía como un niño pequeño perdido entre una multitud de personas, con la desesperación de no poder encontrar a mis padres.

Estuve un tiempo así hasta que, de pronto, escuché un sonido muy fuerte y me desperté. Tenía mucho miedo, pues pensaba que seguía en la oscuridad de mi sueño. Tuvo que pasar un tiempo hasta que me volviera a quedar dormido.

Comenzó mi segundo sueño, pero esta vez ya no me encontraba en un lugar obscuro, sino en un campo con mi madre, mi padre y mis tres hermanas. Todos estábamos muy alegres, llegué a creer que todo era verdad. El sueño me reflejaba esos pocos días que pasaba con mi familia y en realidad lo disfruté mucho pero, como dicen, no todo en la vida es color de rosa.

Me volví a despertar, pero esta vez ya no estaba asustado, al contrario, me sentía muy alegre pues había sido un bonito sueño. Lo volví a recordar y lloré, porque saber que no puedo tener a mi papá cerca me destroza por dentro.

Estuve así un momento hasta que, sin darme cuenta, me quedé dormido otra vez.

(La razón por la que creo que soñé esto es porque a mí me gustan mucho las películas de zombis). Así comenzó el más aterrador sueño que he tenido en toda mi vida. Me encontraba en mi casa, desayunando, ya casi listo para salir al colegio. Llegué al colegio y todo iba bien, hasta que empezó a sonar la sirena, pensé que era un simulacro pero era extraño que lo dieran a la sexta hora.

Los estudiantes nos reunimos en el lugar seguro, donde formamos círculos. Todos estábamos muy calmados, hasta que una chica cayó inconsciente al suelo; los profesores se apresuraron a ayudarla y llamaron a una ambulancia.

Pasaron unos diez minutos y no había rastro de la ambulancia, nadie sabía que pasaba, todos estábamos muy asustados. Los rostros se pusieron pálidos el momento en que vimos que la chica se levantaba como si nada hubiera pasado,



pero su rostro tenía algo diferente, no era el mismo de antes, se estaba empezando a podrir.

Todos empezamos a correr buscando la forma de salir del colegio, mientras yo pensaba que era un zombi, esa fue la primera conclusión que saqué de la situación. Logré salir del colegio y me dirigí hacia el centro de la cuidad, que estaba completamente vacía. No había ni rastro de ninguna persona, fue entonces cuando empecé a pensar en mi mamá y en mis dos hermanas. Así que tomé la decisión de coger un auto e ir en busca de ellas, conduje lo más rápido que pude, hasta que llegué al lugar donde vivía mi madre. Por suerte ahí no había pasado nada, todos estaban tranquilos, pero de todas formas busqué a mi mamá muy desesperado.

Pasó mucho tiempo hasta que la logré encontrar, entonces le dije:

—Mamá, tenemos que ir a buscarle a mi hermana mayor, ella se encuentra muy lejos y me preocupa.

Mi mamá no sabía qué estaba pasando, me tardé un poco en contarle todo lo que pasó, y finalmente me dijo:

—Hijo, prende la radio para enterarnos mejor de lo que está pasando.

La prendí inmediatamente, estaban comentando sobre los lugares seguros adonde estos monstros no podían acceder. Escuchamos: Puyo, Tena, Quito, Ambato, etc.

Entonces emprendimos el viaje más largo, en busca de mi hermana, los tres: mi madre, mi hermana y yo, nos subimos al auto y partimos desde El Chaco. Fuimos lo más rápido que podíamos, sin detenernos, hasta que llegamos a una gasolinera. Teníamos que llenar de combustible el auto, la gasolinera se encontraba sin rastro de vida, me apresuré y lo empecé a llenar. Ya se encontraba casi lleno cuando empezaron a aparecer muchos de esos engendros. Me subí al auto, lo prendí y me alejé rápidamente de la gasolinera.

Pasé un día conduciendo hasta que llegamos al Puyo, donde se encontraba mi hermana. Nos dirigimos hacia el lugar donde vivía que, para sorpresa nuestra, se encontraba rodeado de una pared de malla. Las puertas del hotel donde vivía se encontraban aseguradas con muchas tablas y muchas vigas de acero.

Gritamos con el fin de recibir alguna respuesta, mi hermana se asomó a la ventana y le dijimos que bajara. Se encontraba muy feliz de vernos, ella bajó pero las demás personas que se encontraban en el hotel no quisieron irse de ese lugar, pues para ellos estaba bien vivir ahí.

Emprendimos otro viaje, esta vez ya estábamos todos. En el camino nos encontramos con muchas personas que estaban tiradas en la carretera, agonizando de dolor por las heridas que les habían causado las mordeduras de esas cosas.



Llegamos al área segura, era una zona impresionante, con unas barreras de acero de más o menos quince metros de altura, y había mucho espacio. Nos permitieron entrar, pues se sorprendieron cuando les contamos nuestra historia. No podían creer que hubiésemos viajado tanto solo para llegar al Puyo.

Antes de dejarnos entrar nos realizaron unas revisiones, nos dijeron que tenían que saber si estábamos o no infectados del virus que ocasionaba las transformaciones que habíamos visto. Ingresamos al lugar, estábamos muy felices de estar bien y seguros los cuatro. Ya no había forma de que nos pasara algo, así que nos dirigimos a uno de los campamentos más poblados.

Este fue el final de mi tercer sueño. Esa noche fue una experiencia que nunca olvidaré, pues esos sueños me enseñaron a apreciar a todos los seres queridos que tengo a mi alrededor. Desde ese día empecé a tratar con mucho cariño a mi madre y a mis hermanas.




MELISSA JACQUELINE ZUMBA
nació en Durán, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Adolfo María Astudillo. Su actividad favorita es la actuación.

Promesa nocturna

Un día lluvioso, cuando Amy salía del colegio de regreso a casa, en el camino se encontró un gato negro en una caja, el gatito se encontraba herido. Al ver esta escena, a Amy se le rompió el corazón y decidió llevárselo a su casa; después de todo, sus padres se encontraban en un viaje de negocios, lo que era normal, y, por lo tanto, no habría ningún problema. Ellos no pasaban mucho tiempo en casa.

Una vez en su casa, Amy trató las heridas y decidió el nombre del gatito: Kuro. Al animalito pareció gustarle, pues se lo veía muy



alegre y contento. Al día siguiente, por la mañana, Amy preparó el desayuno para ambos y se alistó para irse al colegio. Al momento de salir, Kuro la vio macharse con gran tristeza, pues se sintió solo.

Al llegar al colegio, Amy entró a su salón y saludó a su clase como de costumbre, especialmente a su gran amiga Marisol; poco después comenzaron las clases. Las horas pasaron, hasta que llegó el receso, Amy y Marisol fueron a la azotea a comer su *lunch* y Amy aprovechó para contarle sobre lo que había pasado el día anterior, sobre cómo conoció a Kuro. A Marisol le pareció un gran gesto de parte de Amy y siguieron conversando sobre el gato. Al sonar la campana bajaron rápidamente de la azotea y entraron al salón. Después de unas horas terminaron las clases y Amy se dirigió apresuradamente a su casa para ver a Kuro, el cual la recibió con alegría al momento en que cruzó la puerta. Luego cenaron, jugaron un poco, Amy cambió los vendajes de Kuro, se

bañó, hizo sus deberes y se fueron a dormir. Así pasó una semana, Amy se había encariñado mucho con Kuro y viceversa, pero la felicidad que sentían no iba a durar por mucho tiempo, pues esa noche ocurriría algo que les cambiaría la vida.

Esa noche, mientras dormían, de pronto algo rompió la ventana de la habitación. Amy se tiró al piso abrazando a Kuro, y al levantar la mirada observó, sobre la ventana, una silueta misteriosa. Al iluminarse con la luz de la luna, la silueta resultó ser un chico con un raro traje azul y un báculo en forma de reloj.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es lo que buscas? —preguntó Amy asustada y sorprendida.

—Yo soy Cronos —respondió el chico misterioso— y he venido en busca de Artemis, ¡así que entrégamelo!

—Aquí no hay nadie con ese nombre, así que vete de aquí.

—Cómo te atreves a hablarme así, insolente humana —dijo Cronos, y lanzó un ataque a Amy.

—Aahhhhhhh!

En ese momento, Kuro se lanzó frente al ataque y se convirtió en un chico con un traje negro, parecido al de Cronos, y un báculo en forma de estrella. Con este báculo logró detener el ataque de Cronos.

—Artemis, hasta que al fin te muestras —exclamó Cronos.

—¡Cronos! ¿Cómo te atreves a atacar a una humana indefensa que no tiene nada que ver en esto? —replicó Kuro, ahora Artemis.

—Así que te importa la humana, ¿no? —exclamó Cronos, con una sonrisa de victoria y voz arrogante—. Bien, si regresas conmigo, la dejaré en paz. ¿Qué dices?

—Está bien, solo espero que cumplas tu palabra —contestó Artemis apretando el puño con fuerza y con una mirada de tristeza.

Cuando se estaban retirando, algo detuvo a Artemis, era Amy, que lo sujetaba del brazo con lágrimas en los ojos.

—Eres Kuro, ¿verdad?, por favor no te vayas con él, te puede suceder algo malo. Además, si te vas de nuevo volveré a estar sola.

—No te preocupes, volveré, te lo prometo, y siempre estaré contigo, en tu corazón, para que no vuelvas a sentirte sola nunca más. Amy, gracias por todo, me he divertido mucho y he sido feliz como nunca, aunque haya sido por poco tiempo. Te extrañaré y nunca te olvidaré.

—Yo siento lo mismo, nunca te olvidaré —dijo Amy llorando—. Siempre te tendré en mi corazón, hasta el día en que nos volvamos a encontrar. Es una promesa.

—Hasta pronto, princesa —exclamó Artemis, y le dio un beso a Amy en la frente.

—Hasta pronto, mi pequeño gatito.

Ambos pensaron que desde el día que se volvieran a ver no se volverían a separar, y podrían estar juntos por siempre, hasta el final.

Cronos y Artemis se marcharon, pero Amy y Artemis mantienen la esperanza de volverse a encontrar algún día, en nombre de la promesa nocturna que se hicieron; una promesa que une sus corazones y les da fuerza para enfrentar todo lo que les depara el futuro.




ALEXANDRA BEATRIZ CANDO nació en Aloag, Pichincha, en 1978. Trabaja en Unidad Educativa Dr. José Ricardo Chiriboga Villagomez. Su actividad favorita es el fútbol.

La vida en el campo

Todos creerán que la vida en el campo es aburrida e incluso que es lugar para personas iletradas que solo se dedican a la agricultura y la ganadería, que no saben nada de avances tecnológicos. Pero yo los contradigo en su ideología, a la vez que los entiendo, pues no tuvieron la oportunidad de compartir con la naturaleza, como lo hice yo, de ver al sol deslumbrar y cobijar con sus cálidos rayos el páramo, de contemplar a los animales cuando esperan el alba para comenzar sus actividades, así como nosotros.



El campo, este lugar tan maravilloso, lleno de colores vibrantes, de sentimientos ocultos, está lleno de cuentos y leyendas que en algún momento de mi infancia mis abuelitos, mis tíos e incluso mis padres me supieron relatar. Estos, de una manera u otra, me dejaron una enseñanza que me sirvió para forjarme como una persona profesional. Esta vez no contaré las típicas leyendas, porque ya las deben conocer. Lo que les contaré en esta ocasión es una experiencia que no olvidaré, ya que me siento muy afortunada de haberla vivido, que comenzó así:

Hace algunos años, cuando era una niña, muy curiosa por cierto, me gustaba descubrir nuevos paisajes que nadie hubiera visto antes. En ese entonces mi abuelito era propietario de unas hectáreas de terreno en una especie de barranco, por ese motivo ni a mí ni a mis primos y hermanas nos dejaban explorar. Yo sentía mucho coraje, pues mi instinto me decía que ahí podría encontrar

cosas maravillosas, cosas de otro mundo; motivada por esos pensamientos, me adentré en lo profundo de ese lugar, tomando las precauciones necesarias para no perderme.

Entre ramas y caminitos escondidos, llegué a cierto lugar, el cual era mejor y aún más bonito de lo que había imaginado. Había riachuelos, florecillas de todos los colores, minicascadas que se pintaban con la luz del sol, pero lo más fascinante fue que pude observar a lo lejos a un venado, tan majestuoso como si fuera el príncipe de esas laderas.

Todo era de ensueño hasta que un rugido lo asustó e incluso a mí, me escondí y desde mi escondite vi lo que me asustó, “hermoso pero aterrador”, me dije. Parecía un perro pero era más grande e infundía mucho más respeto, aquello que estaba viendo era un lobo, que bebía un poco de agua de la cascada y se veía cansado, parecía haber recorrido un largo camino. Después de acabar con lo que hacía, siguió su camino, sin mirar atrás, hasta que desapareció por completo.

Yo, por el contario, decidí ver qué más había en el lugar. Fui feliz cuando vi pequeños peces nadando en el agua, puesto que estos animalitos cautivan mi atención; vi cosas tan excitantes que no quería salir del lugar. El mismo sol que indica el comienzo del día me avisaba que también terminaría. Con mucho por explorar aún me dispuse a salir para volver al día siguiente, y así lo hice. Volví donde todo comenzó, pero no encontré el camino para llegar al lugar donde había sido tan feliz con pequeñas cosas. Me dirán que exagero, o tal vez que miento, pero a mí este hecho me entristeció mucho, porque nunca pude volver a aquel lugar. Sin embargo, aún guardo ese paisaje y esos animales tan maravillosos en mis recuerdos, en mi mente, y no seré capaz de olvidarlos jamás.




ALLISSON NICOLE GUERRERO
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Assad Bucaram Elmhalim. Su actividad favorita es leer novelas y cuentos.

La princesa Rose

Vivía en un reino de época medieval, donde los humanos y los animales habitaban en armonía. La primavera estaba en su punto, la princesa abrió sus ojos de un hermoso tono turquesa, su blanca piel era suave como el terciopelo, su cabellera, negra como una noche sin estrellas, y tenía una voz de ángel, aquella belleza se llamaba Rose.

No muy lejos de aquel reino vivía un príncipe cuya belleza era sin igual, pero con una malicia fatal. Aquel príncipe era egoísta y ambicioso, y estaba interesado en el reino de la princesa Rose.

Él solo pensaba en la expansión de su territorio, así que se le ocurrió reunir a todos en una fiesta de disfraces, para lo que creó invitaciones de lo más esplendorosas, para llamar la atención de los reyes y reinas.

Todos los invitados se quedaron maravillados por tan hermosa invitación. Todos menos Rose, a ella no le llamó la atención porque le gustaban más las cosas sencillas que las lujosas. Respetaba a todo punto la naturaleza y el baile a su estilo, no le gustaban las reglas para nada y le encantaban los animales. El príncipe, al ver que ella no asistió, decidió invitarla personalmente. A ella no le interesaba nada de lo que decía, pero de una u otra manera la convenció.

Ella aceptó asistir, así que le pidió a su amiga Tilinta, que era un hada, que le ayudase a buscar un vestido apropiado para la ocasión, y así fue, Tilinta le creo un hermoso vestido azul. Ya lista, se fue volando con el príncipe en su carrosa de cristal hasta su castillo, donde se encontraba el festejo. Al llegar se pusieron a bailar, de repente a la princesa le dio sed por tanto baile, se había enamorado del príncipe. Sus pasos eran tan maravillosos que hipnotizaban a las personas presentes. A la hora del brindis todos levantaron sus copas y el príncipe presentó a su invitada especial, que era Rose. Una sonrisa se reflejó en su cara ilusionada, bebieron y de pronto ella se empezó a sentir mal. Cuando le avisó al príncipe de su mareo incontrolable, él le dijo que descansase un su habitación, pero todo era un teatro, él quería matarla para quedarse con su reino y tenía que esperar que el líquido hiciera efecto.

A la mañana siguiente, al despertar, le llamaron la atención unas hermosas rosa azules. Se dirigió hacia ellas y conversaron un rato. Las rosas, preocupadas, le dijeron: “Tienes que irte lo más pronto posible, el príncipe no es lo que aparenta, él quiere tu reino”.



Rose se puso a llorar muy triste y dijo: “Cómo puede ser posible que existan personas así, el poder y el dinero son un veneno”. Sus lágrimas pintaron un río brillante.

Al intentar huir fue vista por el príncipe, que se lo impidió. Ella trató de que él recapacitara sobre sus actos, pero él no la escuchaba, y la llevó a un calabozo donde había una bruja para que acabara con ella. Al atardecer, al llegar la hora, la bruja y el príncipe se presentaron en el calabozo, la bruja bañó a nuestra princesa Rose con su pócima, pero esta no hizo ningún efecto en Rose. Ambos, asombrados, se preguntaban qué pasó. El príncipe, enojado, cogió su espada, atravesó a la bruja con ella, probó la pócima y la botó al piso, lo que ocasionó que se vertiera en el suelo. Entonces decidió hacerlo a su modo, con la misma espada que mató a la bruja, quiso acabar con Rose, pero al dirigirse a ella tropezó y cayó encima de la pócima, lo que provocó que se convirtiera en una flor azul, pues

aquella pócima solo hacía efecto en personas con sentimientos oscuros y no en las personas puras de corazón.

La princesa, asustada y asombrada, usó la espada para salir de la jaula donde la tenían, cogió la flor y salió lo más rápido posible del castillo para irse a su reino y plantarla en su jardín.

Ahora los capullos de esa flor solo se abren por las noches, acompañándola a la luz de la luna y recordándole lo bella que es la vida sin malos sentimientos.

EDISON MANUEL LAPO
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 1989. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Víctor Sergio Ron Vega. Su actividad favorita es tocar música.

Historia de mi abuelo

Sentado en su sillón y con una mirada que expresa e irradia energía, mi abuelo me llama a sentarme junto a él y me cuenta esta historia.

Hace mucho tiempo, en cierto lugar vivía una familia: un padre, una madre y cinco pequeños hijos. El padre se dedicaba plenamente al sustento diario de sus hijos. Un día, mientras trabajaba la tierra en compañía de su amada, que en ocasiones lo acompañaba, vientos helados, la desgracia y el infortunio rondaban por aquellos lugares. Aquel fatídico día, la mala fortuna se convirtió en serpiente, atacó ferozmente a

la amada esposa y le inyectó un fulminante veneno que acabó con su existencia.

El dolor que aquejaba a aquella familia por la pérdida poco a poco se fue sanando, pues el padre dedicó toda su atención y cuidado para sus hijos. Durante algunos años el padre vivió solo con sus pequeños, hasta que un día el amor tocó las puertas de su casa. El hombre se había enamorado de una mujer con quien luego se juntaron en feliz matrimonio, prometiéndose amor eterno.

Después de unos meses aquella esposa quedó embarazada y más tarde nació un hermoso bebé. Aquel día llenó de felicidad a esta familia, pero en medio de esta gran alegría, en lo más profundo de la mente de la feliz madre comenzaron a surgir pensamientos oscuros, nuevamente la mala fortuna, sigilosa e impaciente, se ensañaba con esta familia.

Desde aquellos días, la llama de la felicidad se iba apagando lentamente, la reciente madre comenzó a sentir odio por los hijos de su esposo, hasta llegar al punto de aborrecerlos y armar un malvado plan para separarlos de su hogar; sin embargo, el padre aún mantenía un amor incondicional hacia todos sus pequeños hijos.

La madrastra trataba muy mal a los indefensos niños, excepto a su hijo, pues sentía que era el único que debía tener el aprecio, el amor y el cuidado de su padre. Talvez esta fue la causa que cegó su corazón con rencor y odio, pero nada se compararía con lo que estaba por suceder.

La esposa, aprovechándose del ciego amor que su esposo le tenía, le pidió que se deshiciera de sus hijos y él, dejándose llevar por aquel apasionado momento, aceptó la cruel malicia.

Cierto día, el padre llevó a sus cinco hijos a un lugar lejano y desconocido en la profundidad de la selva, donde pretendía dejarlos abandonados, pero no se imaginaba lo que acontecería.



Uno de los pequeños había llevado consigo, en el interior de sus bolsillos, ceniza, y mientras se adentraban al bosque él la iba esparciendo por el camino. Cuando llegaron a lo más espeso de la selva, el padre pidió a los pequeños que lo esperaran y entonces aprovechó para retornar rápidamente a sus casa, dejándolos abandonados, solos e indefensos.

Ya en casa, con la cena servida, se lamentaba por lo que había hecho y con quejas exclamaba:

—¡Ay mi hijos, tan pequeños e inocentes, sin comida ni abrigo ¿me pregunto que querrán ahora?

—¡Comer! ¡Queremos comer! —una tierna y dulce voz se oyó desde de la ventana.

Sus hijos habían retornado a casa siguiendo las pistas que había dejado uno de ellos con la ceniza regada en el camino.

Hambrientos y sucios, el padre corrió a abrazarlos, mas no aquella mujer, que miraba con rencor y desprecio aquella escena de amor y alegría. Al día siguiente pidió nuevamente al esposo que se deshiciera de sus hijos, y el hombre, sumiso a sus deseos, los llevó una vez más a la selva. Cada vez que los llevaba, ellos retornaban, hasta que cierto día el niño que llevaba la ceniza la olvidó y entonces ya no pudieron regresar a casa.

Deambularon por la selva sedientos y con frío durante varios meses, y se alimentaron con frutos de los árboles, hasta que una mañana divisaron, a lo lejos, una choza con muchos sembríos. Se dirigieron apresuradamente hacia allá y quedaron deslumbrados con lo que vieron, era una casa adornada con deliciosos dulces, chocolates, caramelos y manjares. Sin pensarlo, se abalanzaron hacia ella y dieron rienda suelta a sus más íntimos deseos infantiles. Mientras disfrutaban de aquellos dulces, un niño observó que al costado de la casa había unas jaulas dentro de las cuales se encontraban muchos niños. Cuando aquel niño trató de advertir a sus hermanos del peligro fue tarde, pues una malvada bruja ya los tenía atrapados, y él no fue la excepción. Los mantuvo enjaulados durante varios días, aunque recibían buena alimentación, hasta que cierto día uno de los niños logró escapar de la jaula, se escondió entre los cultivos y ahí esperó muy sigiloso. Grande fue su impresión al ver cómo la bruja hacía subir sobre una escalera a unos niños que tenían la única intención de alcanzar las frutas que se encontraban en un árbol y, cuando subían, ella los empujaba para que cayeran dentro de una olla de barro con agua hirviendo para así cocinarlos y comérselos finalmente. Aquella escena de horror que vivió aquel niño le llevó a armarse de valor y volver adonde se encontraban sus hermanitos. Les contó lo sucedido y con esto armaron un plan para librarse de la malvada bruja.

Al día siguiente, la bruja los llevó cerca de la olla y les pidió que subieran para alcanzar las frutas de arriba del árbol. Ellos le explicaron que no sabían cómo subir y le pidieron de favor que les enseñara cómo hacerlo. Ella no sabía que sería víctima de su propia maldad pues, al subir y llegar a las frutas, los niños quitaron la escalera y la dejaron caer dentro de la olla con agua hirviendo. La bruja pereció entre gritos e insultos hacia los niños que lograron acabar con ella.

Entonces los niños liberaron a todos sus compañeros atrapados junto a ellos y entre todos encontraron el camino a casa.

—¡Seguramente te ha gustado! —exclama mi abuelo e, impaciente, me pide una taza de café.




FÁTIMA DANIELA GAIBOR nació en San Miguel, Bolívar, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Ángel Polibio Chaves. Su actividad favorita es la fotografía.

Se preguntaba qué había más allá de las estrellas

Todo empezó así: era una noche de luna llena y la hija de la diosa de los planetas había nacido. No era una niña común, tenía un poder, el cual consistía en que tan solo mirarla daba felicidad. Al verla se sentía magia, una energía que recorría cada vena del

cuerpo, todo esto se podría resumir como el súper poder de hacer feliz. Su madre, la reina Sabine, la había nombrado princesa Raiza. Esa noche se había tatuado en los corazones de los pobladores del planeta Zelim.

Pasados quince años, la pequeña Raiza era un ser lleno de sueños, con ganas de explorar y descubrir. Todas las noches, cuando charlaba con su madre en su alcoba, le decía que tenía una curiosidad muy grande al ver las estrellas. Quería saber qué había dentro de ellas, si habría vida, si serían otras dimensiones, otras galaxias; en fin, tenía una lluvia de preguntas que rondaban constantemente su cabeza.

Un día fue a nadar en los acantilados que había cerca de las casas de los gnomos, debo decir que gracias a ellos, Zelim era un planeta muy divertido y con buena energía. Raiza estaba nadando cuando de pronto se cayó la medalla que le había dado su padre, quien estaba en una misión de combate en otro planeta. Rápidamente, trató de atraparla y entonces un objeto luminoso, en forma de libro, llamó su atención. Como toda adolescente traviesa y curiosa, lo tomó y lo llevó consigo. Una vez que había llegado a su casa, comió, le dio las buenas noches a su madre y subió a su dormitorio. Estaba muy intrigada por conocer el contenido del libro, más aún cuando este irradiaba un arco iris muy potente. Apenas lo abrió cayó en un sueño muy profundo y, cuando despertó, se dio cuenta de que estaba en un lugar muy extraño, que sus ojos no habían visto jamás, todo era nuevo para ella, incluso una mariposa era la criatura más mágica para Raiza. Estaba confundida, no entendía ni cómo ni por qué había llegado a ese lugar, pero la joven era de esas personas que no se rinden fácilmente, tenía como lema: “Si no es ahora, entonces cuándo”. Así que comenzó a preguntar a las personas cómo se llamaba el lugar donde estaba. Se acercó donde un viejito que vendía helados, quien muy amablemente le

dijo que se encontraba en San Miguel de Bolívar, el lugar donde la gente tenía el corazón más noble, donde se festejaba por todo y que era la cuna de la cultura.

—Aquí viven ilustres maestros, escritores y poetas que han sabido plasmar su arte en las páginas de la literatura —concluyó el viejito, y además le regaló un helado de paila.

Raiza agradeció al viejito por el helado y la información.

Entonces, tomó la decisión de conocer todo San Miguel y lo que lo caracterizaba. Lo que le preocupaba era que no sabía cómo comunicarse con su madre, pero recordó el libro y pensó que ahí podría encontrar alguna información que le ayudara a sobrellevar la situación. Esa noche construyó una casa en un árbol y cuando finalizó subió a su copa a observar las estrellas. En ese momento supo que estaba en una de ellas, que los diecisiete años de incertidumbre por saber qué había más allá habían llegado a su fin.

La joven sacó el libro de su bolsillo y leyó cada una de las páginas que contenían todo lo que debía saber acerca de lo que le estaba pasando. Cuando llegó al final del libro cayó un sobre que decía “Para Raiza”. No lo podía creer, su padre le había dejado ese libro, con una carta que decía: “Raiza, me imagino cómo debes estar en estos momentos pero, créeme, lo mejor está por venir. Disfruta cada momento de tu estadía en San Miguel, descubre nuevos lugares, haz nuevos amigos, vive momentos que valgan la pena contar, deja los miedos atrás y arriésgate a vivir en este rincón dentro de una estrella. Por favor, regala a muchos tu súper poder, hay mucha gente que lo necesita. Y por tu madre no te preocupes, ella sabe muy bien lo que te está pasando, es algo que planeamos cuando eras muy pequeña y creo que hicimos un buen trabajo. Te quiero, mi pequeña Raiza. Con todo el amor del mundo, tu padre”.

Raiza leyó toda la carta con lágrimas en los ojos y se quedó dormida. A la mañana siguiente se despertó por el cantar de los gallos, pero lo agradeció ya que por eso pudo contemplar el amanecer en San Miguel. Más tarde salió con la finalidad de hacer amigos y comer algo.

Ella nunca se sintió como una extraña en San Miguel, ya que le hacían sentir como una residente más. Poco a poco iba conociendo la gastronomía, las costumbres, las tradiciones, la música, la cultura y los escritores del lugar, lo que a Raiza le había cambiado la vida. Todas las tardes pasaba horas y horas en la casa de don Vicente Gaibor, más conocido como "don Kaukamote", él le contaba historias, leyendas y sucesos de la comunidad; el resto de la tarde pasaba con la viejita más linda del mundo, doña Blanquita, quien le enseñaba a bailar y se convirtió en una persona muy especial para la princesa.

Cierto día, Raiza salió a caminar y le llamó la atención un gran letrero con el texto: "Bienvenidos a San Sebastián", sin pensarlo dos veces, siguió por ese sendero. De repente, un perrito mestizo corrió hacia ella como si la conociera desde siempre, en ese momento supo que en adelante sería su compañero de aventuras y le puso de nombre Timoteo. Después de un largo tiempo, llegó a una casa donde le brindaron humitas con café y Raiza quedó encantada, después de esto jugó a las escondidas con los niños de San Sebastián y les dio felicidad con su súper poder. Al finalizar el día retornó a San Miguel en una camioneta que llevaba las cosechas de maíz.

Todas estas aventuras le habían ocurrido en el transcurso del mes de noviembre y principios de diciembre. En estas fechas, a Raiza le habían invitado a la Novena del Divino Niño Jesús, pero ella no tenía ni la mínima idea de a qué se referían. Cuando aceptó la invitación, y durante semanas, asistió a cada barrio



donde hacían las novenas, e incluso fue prioste en tres sectores: el barrio 13 de Abril, el barrio Centenario y, finalmente, el barrio La Victoria. Raiza se sentía maravillada de ser "sanmigueleña de corazón", de vivir la esencia de este lugar y de aprender su cultura. Posteriormente llegó el mes de enero y la joven también participó en diferentes eventos por la cantonización de San Miguel.

Todas las noches, Raiza escribía sus aventuras en un cuaderno, quería plasmar en letras su experiencia, la misma que le cambió la vida y que, cuando llegara a su planeta, quería rememorar. Sabía que estaba viviendo su sueño, un sueño muy genuino que con el pasar de los años recordaría como la época más linda de su vida, no solo porque había llegado al rincón más bello de la galaxia, sino porque tuvo la oportunidad de conocer personas que le enseñaron mucho y por haber regalado su súper poder a quienes tenían nublado su camino. Las cosas que la princesa siempre repetía a la

gente que ayudaba eran: que nunca hay que perder la esperanza, que no hay que dejar que nadie apague nuestra luz, que vivamos y sintamos las experiencias más pequeñas, que descubramos lo perfecto de los imperfecto, que nos perdamos y nos encontremos, que nos sintamos felices y llenos de sueños.

Finalmente llegó una fecha marcada en el calendario de Raiza, era nada y más y nada menos que el Carnaval. Jugó con los niños y todas las personas de su barrio a lanzarse agua, pero solo por un tiempo determinado, ya que en el planeta Zelim los recursos naturales se iban agotando poco a poco y esto le hacía tomar conciencia de su desperdicio.

Raiza sabía que el viernes era el día en que todas las personas, de todas las religiones y comunidades, e incluso los turistas de otros países, llegaban a disfrutar del gran evento que habían esperado con ansias todo el año. La joven ya había conseguido su grupo de amigos y, como no podía faltar, Timoteo también era parte de la fiesta. Ese viernes bailó mucho, con decirles que por primera vez sentía dolor en los pies. De seguro ese día se guardó en el baúl de los recuerdos de Raiza.

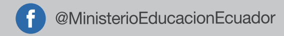
Junto a Timoteo conocieron el último lugar en su lista, el Santuario de la Virgen de Lourdes, donde pudieron disfrutar de la grandiosa vista de todo San Miguel, para lo que se desplegó un hermoso arco iris.

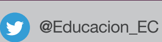
Llegó el día de su partida, su viaje había finalizado, pero se llevaba en el corazón los mejores meses de su vida. Todos acudieron a su despedida con globos de helio y cada uno estaba lleno de un papel donde le daban las gracias por compartir con ellos. Sin duda, Raiza pudo ver en la gente sanmigueleña el verdadero significado de esfuerzo, trabajo, amabilidad, cultura, arte y un sinnúmero de valores que conforman San Miguel. La chica se despidió de cada uno de sus amigos, les recordó que todo

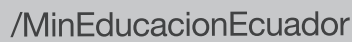
es cuestión de actitud y les recomendó que hicieran de su vida una historia que valiera la pena contar, que fueran lo suficientemente valientes como para seguir sus sueños, que amaran lo que hacen, que valoraran las alegrías y tristezas de la vida, y que no dejaran de aprender, de perdonar, de amar y de ser felices.



En este libro encontrarás relatos de seres de otros mundos, de la Luna, del mar, de la selva o del Polo Norte; relatos de seres fantásticos, zombis, dioses, semidioses o animales protagonistas; relatos oníricos o de ciencia ficción. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.






/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec